

ROBERTO J. PAYRO

Los Tesoros del Rey Blanco

EDICIONES DE LA SOCIEDAD
AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD
DE LA
Municipalidad de Buenos Aires

Pat. 3586

PAYt

DIRECCION DE PROPIEDADES PLANTA	
Nº. ORDEN	17.066
UBICACION	17-L-9
Ficha Material	821.134.2(82)-31

ROBERTO J. PAYRO

Los Tesoros del Rey Blanco

EDICIONES DE LA SOCIEDAD
AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES



EDICION DE LA
SOCIEDAD AMIGOS
DEL LIBRO RIOPLATENSE

"SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE"

Directores:	(Uruguay)	Agustín de Ocampo Alfredo M. Ferreiro
	(Argentina)	César Tiempo Alfredo E. Moen
Asesor Artístico:		Antonio Pena

Administrador de la Sección
Argentina:

Alfredo E. Moen

Calle Florida 229
(Esc. 922/24)

U. Telef. 33, Av. 4901
Buenos Aires

Administrador General para
el Uruguay y Exterior:

Juan Edmundo Miller

Calle Bmé. Mitre 1264

Teléfono: U. T. E. 80338
Montevideo

Comité Consultivo

ARGENTINA

MARIO BRAVO
ARTURO CAPDEVILA
SAMUEL EICHELBAUM
RICARDO ROJAS
JUAN TORRENDELL

URUGUAY

EMILIO FRUGONI
EMILIO ORIBE
CARLOS SÁBAT ERCASTY
JUSTINO ZAVALA MUNIZ
ALBERTO ZUM FELDE

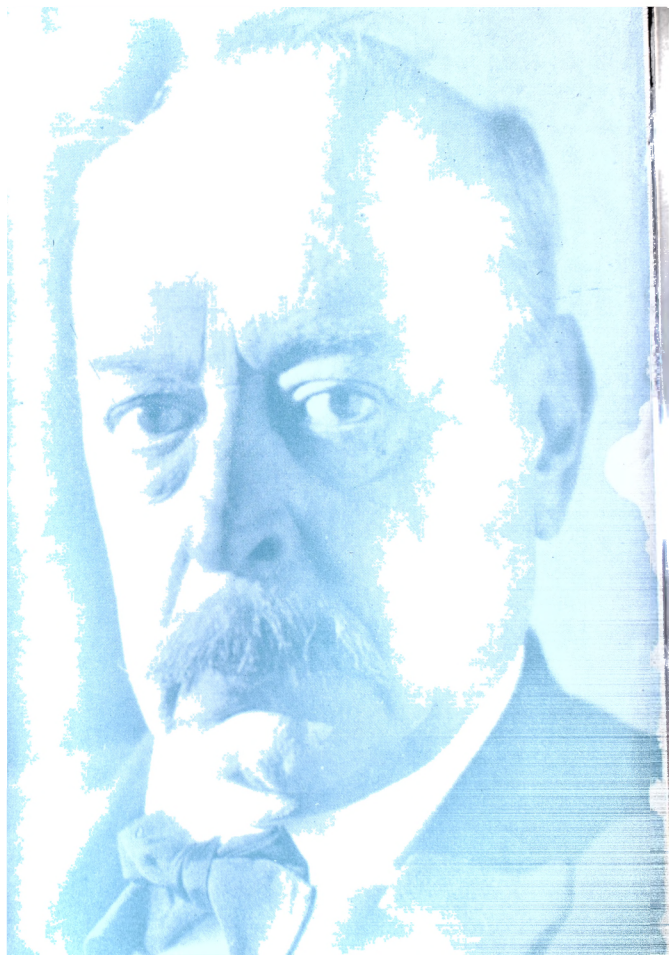
LOS TESOROS DEL REY BLANCO

VOLUMEN XVI

EDICIONES DE LA
SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

ES PROPIEDAD
Reservados todos los
derechos de reproduc-
ción y adaptación.

Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES



ROBERTO J. PAYRO

LOS TESOROS DEL REY BLANCO

SEGUIDO DE

POR QUE NO FUE DESCUBIERTA
LA CIUDAD DE LOS CESARES

BUENOS AIRES • MONTEVIDEO

OBRAS DEL AUTOR

Los italianos en la Argentina (Monografía, 1895).
La Australia Argentina (Viajes por Patagonia, 1898).
Emilio Zola (Conferencia, 1902).
El Falso Inca (Cronicón de la Conquista, 1905).
El Casamiento de Laucha (Novela picaresca, 1906).
Pago Chico (Costumbres criollas, 1908).
Violines y toneles (Cuentos, 1908).
Crónicas (1909).
En las Tierras de Inti (Viajes por el Norte Argentino, 1909).
Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira (Novela, 1910).
El Capitán Vergara (Crónica romancesca de la conquista del Río de la Plata, 1925).
El Mar Dulce (Crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata, 1927).
Nuevos Cuentos de Pago Chico (obra póstuma) 1929.
Chamijo (Obra póstuma) 1930.
Cuentos del otro Barrio (1931).
Siluetas (1931).
Charlas de un optimista, (1931).

TEATRO

Canción trágica, drama en un acto (Apolo, 1900).
Sobre las ruinas, drama en cuatro actos (Comedia, 1904).
Marco Severi, drama en tres actos (Rivadavia, 1905).
El triunfo de los otros, drama en tres actos (Odeón, 1907).
Vivir quiero conmigo, comedia en cuatro actos (Liceo, 1923).
Fuego en el rastrojo, comedia en tres actos (Liceo, 1925).
Mientraiga, sainete, en un acto.

OBRAS JUVENILES

Ensayos poéticos (1884); Antígona (novela, 1885); Scripta (cuentos, 1887); Novelas y Fantasías (1888).

ADDENDA

Firme en sus propósitos de dar a conocer los valores más significativos del Río de la Plata nuestra Sociedad editorial no vacila en el esfuerzo de publicar una obra póstuma de un escritor de la magnitud de Roberto J. Payró, a quien se le considera, con justo y unánime acuerdo, uno de los primeros narradores de América.

Obvia señalar aquí la importancia de la obra desarrollada por el insigne autor de LOS TESOROS DEL REY BLANCO, cuyos originales hemos obtenido de sus herederos con la intención de rendir un doble homenaje a la memoria de su autor y a la constante exigencia de nuestros más calificados lectores, ya que su nombre y su labor vastamente difundida en la novela, en el teatro, en las investigaciones históricas, en el periodismo, en la narración, en la crítica y en su fecundo dinamismo de organizador —no debe olvidarse que a raíz de un artículo suyo publicado en Agosto de 1906 fundóse en la R. Argentina la primera Sociedad de Escritores— ha sido vastamente divulgada por comentaristas y exégetas de reputación universal.

Cabe sí que señalemos ahora nuestra complacencia en rendir honroso tributo a la memoria de tan poderosa personalidad, subrayando la empinada y solevantada proyección de nuestra iniciativa tendiente a mantener, por encima de contingencias y conveniencias subalternas, la austera línea de conducta que nos trazáramos al fundar la Sociedad

Amigos del Libro Rioplatense: respetar, por sobre todas las cosas, la calidad del esfuerzo creador y estimular su difusión en el área sensible de nuestros lectores quienes tendrán la satisfacción de blasonar la posesión de una de las bibliotecas más selectas y más nobles del continente.

Es así que honramos una memoria y desarrollamos una labor de cultura cuya singularidad destacara recientemente el reputado escritor Corpus Barga en una de sus correspondencias publicadas en "La Nación". Roberto J. Payró pretérito injustamente en un Concurso Nacional de Letras y silenciado en otro, cuando se declarara desierto el primer premio, no obstante haber presentado su autor la novela "El Mar Dulce" y pronunciarse el veredicto después de la tan llorada muerte de aquel, a siete años de la misma, recibe, por nuestra mediación el homenaje condigno: es el primer escritor fallecido que incorporamos a nuestra colección. Aparece su nombre escoltado por una teoría de hombres maduros y jóvenes, en la plenitud de sus fuerzas creadoras. Esa sola circunstancia le hubiera enorgullecido. Poco antes de morir le escribía a uno de nuestros directores: "La marcha es ingrata para los que no llevan dentro de ellos el aliento y la recompensa. A veces demasiada libertad: eso no me asusta. Lo aterrador es la juventud que se somete y no piensa hacerlo mejor que nosotros, los viejos". Palabras aleccionadoras que quisiéramos grabar como una divisa en el pórtico de nuestra biblioteca.

Que la lectura de este libro ayude a mantener encendida en el recuerdo de todos el ángaro de su nombre.

LOS DIRECTORES.

LOS TESOROS DEL REY BLANCO

C UENTAN viejos cronistas que entre las gentes de Gaboto, cuando su expedición a las bíblicas islas de Tharsis y Ofir, terminada luego en tierra americana, distinguíase un capitán mozo, audaz, valiente y con el raro don de ganarse la voluntad de grandes y pequeños. Decíase de Córdoba pero muchos le creían portugués. No mal parecido, el capitán Francisco César era recio de hombros, vigoroso de músculos, atezado de cara, brusco de ademanes, ojinegro, bien barbado, de larga y lacia cabellera. El capitán general le tenía en mucho por sus evidentes prendas, y porque siempre se mostró fiel subordinado en las graves disensiones con los segundos de la armada. Ambicioso, Francisco César podía, gracias a su carácter al propio tiempo disciplinado y decidido, amoldarse a las vo-

luntades y aun a los caprichos del huraño y autoritario general, sin dejar de perseguir por eso sus miras de fortuna y de grandeza.

Y aquel día luminoso y cálido de febrero de 1527, de codos en la borda de la galeota construída con tanto esfuerzo en la isla de Santa Catalina, el capitán Francisco César parecía enbebecido en la contemplación del mar, rizado apenas por la brisa, pero no era hombre de interesarse ante un cuadro que para sus ojos era siempre más o menos el mismo. No. Pasaba mental revista a los sucesos acaecidos desde que la armada zarpó de Sanlúcar, hacia once meses ya: la intentona contra la autoridad de Caboto en la recalada de Las Palmas; el fantasma de la sed mientras navegaban rumbo a Pernambuco; el encuentro en este puerto de Juan Gómez, uno de los hombres de Solís, que le había contado maravillas de las tierras del Mar Dulce; la recrudescencia de las discordias intestinas, y, como resultado, la prisión de Francisco Roxas, capitán de la Trinidad: el tiempo que los tomó pasada la isla de Mal Abri-go, la fatal encalladura de la Victoria, la capitana, cargada de viveres y pertrechos, en el Puerto de los Patos; la prisión, bien merecida a su juicio, del teniente general Martín Méndez y del piloto Miguel de Rodas, culpables del naufragio; la construcción, en la isla de Santa Catalina, para remediar siquiera en parte la falta de la Vic-

toria, de la galeota en que a la sazón navegaba y, por último, la llegada a la isla de otros hombres de Solís, Enrique Montes y Melchor Ramírez, quienes confirmaban y aun abultaban las portentosas noticias oídas en Pernambuco de labios de Juan Gómez.

Allá en Santa Catalina quedaban entregados a su suerte los antes ensoberbecidos Roxas, Méndez y Rodas. Cruel era el abandono, pero desde el destierro no volverían, con desaciertos, intrigas e insubordinaciones, a comprometer la tranquilidad y la autoridad del capitán general. Era mucho hombre Caboto, y por fuerte que los otros se creyeran, no habían podido con su mano de hierro. Si salieron, como era voz pública, confabulados de Sevilla, no habían contado con la huéspeda, y ahora las pagaban... Pero ¡allá ellos! Que perecieran o no de necesidad entre los salvajes, su infortunio sólo importaba a César como ejemplo y admonición. Cada cual en su sitio, y el jefe sobre todos. Así lo había entendido siempre, y entendiéndolo así deseaba la venia de Caboto para acometer la empresa que llevaba clavada en el cerebro desde que escuchó el relato de los hombres de Solís.

Más que los otros habíale interesado el andaluz Enrique Montes, cuya labia inagotable le embelesaba evocando las riquezas de una tierra situada hacia la parte en que los indios asesina-

ron, y diz que se comieron, a Bofes de Bagazo. En diez larguísimos años de permanencia en aquellos parajes, Montes había tenido tiempo de sobra para aprender la lengua de los indios, granjearse la amistad y la confianza de muchos, entre las mujeres sobre todo, y descubrir pacientemente sus más ocultos secretos. Así sabía de esas grandes riquezas, de esos inmensos tesoros, mejor dicho. Y no se trataba de patrañas ¡vive Dios!, porque cinco cristianos descubridores de esa tierra le habían certificado la noticia, dándole como prueba joyas y pedrería, coronas de plata, collares con planchas de oro, arracadas pesadísimas, ceñidores de oro y plata... Desgraciadamente, el país era de difícil acceso, pues entre éste y la costa vagaban belicosos linajes de indios, hostilizando con saña cruel a los intrusos. Hallábase, además, bastante lejos, pero, una vez evitado o vencido el enemigo, se llegaba a una ciudad opulenta y populosa, gobernada por un Rey Blanco y barbudo, y cuyos habitantes, hombres y mujeres, vestían a la usanza española.

Algo semejante había ya oído en Pernambuco; lo mismo repetía Ramírez; pero César seguía abrigando sus dudas, y preguntó a Montes si había visto realmente las joyas en cuestión, y oído la noticia de boca de los mismos descubridores.

—Cuanto a lo de ver las joyas, bien que las he visto con mis propios ojos, y palpado con mis

propias manos, como que algunas de ellas están todavía en mi poder y las tengo votadas a Nuestra Señora de Guadalupe —había contestado el andaluz—. Cuanto a oír la noticia de su misma boca, no, porque allí se están pasando la vida tan regaladamente, y sin intenciones de volver. Pero tanto monta, porque a mí y a otros camaradas, como Ramírez, que no me dejará mentir, nos han mandado misivas para que nos juntemos a ellos, señalándonos el camino más fácil y seguro, y enviándonos esas parvedades de plata y oro, para hacernos ir entrando en gana.

—¿Parvedades, dices?

—¡Comparado con todo lo que allí queda!...

—¿Y cómo no corrísteis ambos en su busca? —preguntó César, asombrado de que prefiriesen vegetar en aquella tierra, rodeados de bárbaros y sin más sustento que las frutas silvestres y lo cobrado en la caza.

Sin muchos circunloquios, pero sin mucho acento de sinceridad, Montes contestó que aquella vida tranquila y holgazana era más de su gusto que los azares de guerras, descubrimientos y conquistas.

—Cuando, muerto el desventurado Bofes, que Dios tenga en la gloria, nos volvíamos a España, y mi carabela naufragó en una punta de esta mismísima ínsula, yo y otro compañero, bien tratados por los naturales sin necesidad de rigor, nos

quedamos con ellos, porque más vale comer aquí que ayunar en Sanlúcar o en Sevilla. ¡Vive Dios que hicimos bien! Yo me contento con poco, y nada me falta gracias a la Virgen. Para quien guste de faldas, aquí sobran mujeres, aunque no las lleven, a decir verdad. Abundan la caza y la pesca. Allá en tierra firme, donde acostumbro vivir, las ramas se quiebran al peso del fruto, y una hamaca de red al modo indiano, y algunas hojas mal entretejidas para defenderse del sol, de la lluvia y del rocío, valen por un palacio en otras tierras.

Y siguió diciendo que no temía a los salvajes, ¡qué había de temerlos, vaya! Más de una vez, en sus cacerías, dió cara a los guerreros que viven hacia la ciudad de los tesoros y que recorren continuamente el país asesinando a cuantos, indios o cristianos, se aventuran en él. Pero prefería la paz y el ocio en parajes donde, ni envidioso ni envidiado, nadie era ni más pobre ni más rico que él. Por un puñado de oro, completamente inútil allí, no estaba dispuesto a correr la suerte de los cristianos que, volviendo de los dominios del Rey Blanco cargados de botín y con copia de esclavos hechos en el camino, perecieron pocos meses antes a manos de los de tierra adentro quienes, después de mutilarlos y degollarlos, libertaron a los esclavos para que divulgaran por todas partes el terrible escarmiento.

—Bien está San Pedro en Roma —concluyó

Montes—. Y bien me estoy yo aquí. No quiero gato con pollos ni perro con cencerro. Pero vosotros que sois muchos, vais bien armados y corréis ciegos, como corríamos nosotros con Bofes de Bagazo, en busca de riquezas, no tenéis más sino emprender esa conquista, seguros de lograrla.

—Si el general quisiera tentar fortuna, cosa que no entra en lo imposible —había replicado César—, bien podrías tú venirme con nosotros y servirnos de lengua y guía hasta donde mora ese Rey Blanco que ¡vive diez que a mí me va pareciendo amarillo de oro! ¡No te pesaría, voto al châpiro!

—¡No en mis días! Ya dije que bien se está San Pedro... y cada raposa cuida de su cola...

—¿Ni aun con buen golpe de gente de empuje?

Relampaguearon los ojos del andaluz, pero eludió la respuesta, y continuó:

—Cuanto a vosotros, básteos saber que en llegando al río donde asesinaron a Solís y entrando en él, toparéis con otro caudalosisimo que los naturales dicen Paraná... De la costa de este río, debéis echar hacia poniente, algo al norte, y seguir andando muchas jornadas, hasta dar en unas sierras muy empinadas que se extienden por espacio de doscientas leguas y más... Pues, las faldas de estos montes están cuajadas de minas de oro, de plata y de un metal desconocido que tengo por más precioso todavía. Son minas a cielo

abierto, y si llegáis con bien no tendréis sino que agacharos y recoger metales hasta cargar las naos de la quilla a la perilla...

César recordaba estas y otras pláticas con tal intensidad que, mirando distraidamente el manso oleaje desde la borda de la galeota, veía surgir del seno del mar las altas montañas con las minas opulentas abiertas como heridas en sus flancos. Luego repasaba en la memoria el interrogatorio a que don Sebastián había sometido en su presencia al andaluz, cuando le llegó el eco de sus historias, repetidas y comentadas por la tripulación entera, desde los oficiales hasta los grumetes, cuyo único tema de conversación era el país portentoso donde mandaba el Rey Blanco y barbudo, vestido a la española, empuñando cetro y ciñendo corona, como el mismísimo Emperador... César presente, Enrique Montes repitió a Caboto, que interesado y cejijunto se acariciaba las lenguas barbas, cuanto había dicho a los demás, con algunas añadiduras y amplificaciones enderezadas, intencionalmente o no, a enardecer el entusiasmo del viejo marino. Y —extremo a que hasta entonces no había llegado con nadie— Montes sacó del pecho, como irrefutable prueba de veracidad, algunos objetos que a prevención llevaba entre las carnes y la andrajosa camisa. Don Sebastián, reconcentrado, examinó una por una las prendas, que consistían en un trózo de diadema o cosa así.

de plata con aplicaciones del mismo metal curiosamente trabajadas, una larga banda de oro batido y flexible —brazalete sin duda—, una ajorca de oro liso, una plancha redonda de oro batido, en la que se veía de relieve la figura de un hombre cuya cabeza sobresaliente formaba uno a modo de mango, y por último un largo y grueso alfiler rematado en ancha paleta con burilados y extraños dibujos remedando un lagarto o una sierpe.

—Cuatro meses ha —seguía diciendo el andaluz— Rodrigo de Acuña hubo de llevarse a España hasta dos arrobas y más de oro purísimo, de muchos quilates, que le venía del Rey Blanco. Pero Dios quiso que el batel que lo llevaba a la nao zozobrara con la mar tan brava, y ahí se está el oro en el fondo del agua, lo que es mucho de sentir, con algunos cristianos que también se llevó Pateta...

El capitán Francisco César observaba entretanto avizoramente la cerrada fisonomía de Caboto, su ancha y gruesa nariz, sus labios delgados, sus ojos penetrantes; pero, salvo quizás un centelleo que cruzó por éstos, el rostro del mareante siguió hermético y adusto, sin la más leve palpitación de las narices, sin el más ligero gesto de la boca. Y, con gárrula verbosidad, Montes encarecía aún la extraordinaria abundancia de objetos semejantes, y de otros mayores y más ricos, así como de me-

tales purísimos en su natural estado, ya en forma de pepitas y arenillas de oro, ya incrustados en la piedra, ya en gordas vetas compactas a las que no se veía fin, ya en enormes rimeros amontonados junto a las minas, porque los vasallos del Rey Blanco solían extraerlos para ciertos usos, pero sin atribuirles mayor valor que a los guijarros con que encendían el fuego o hacían las puntas de sus flechas...

Dudoso de que la impasibilidad del capitán general respondiese a una indiferencia inverosímil en quien se preparaba a surcar mares desconocidos desafiando peligros de todo género, en busca de esa Tharsis y esa Ofir quizá tragadas por el Océano desde los tiempos del rey Salomón, César creyó oportuno echar una sonda, y exclamó con acento de entusiasmo, provocando indirectamente una réplica:

—¡Pues tales riquezas tenemos a la mano, el despreciarlas no merecería perdón de Dios!...

Mirólo fijamente don Sebastián, y devolviendo a Montes, con ademán de despedida, las prendas que examinaba:

—No es ése mi camino —se limitó a decir.

Calló César. Caboto no volvió a interrogar a Montes ni hizo la menor alusión a sus maravillosas historias. ¿Las creía fábulas? ¿Consideraba impedimento capital para cambiar de plan sus precisas capitulaciones con el Emperador? César no

podía adivinarlo, ni advertía el menor indicio que le permitiera colegir los propósitos de su capitán.

Una tarde, sin embargo, a riesgo de encolerizar al irascible Caboto, repitió, insinuante, un pensamiento recogido de sus propios labios: Debían, es verdad, seguir la ruta del portugués Magallanes, pasar al Mar del Sur y navegar luego rumbo al norte en demanda de las "insulas salomónicas" (acentuó socarronamente estas palabrejas), pues tal era lo capitulado con el Emperador y Rey; pero ¿quién puede asegurar que más al norte del Estrecho no haya un paso por lo menos tan accesible como el del portugués, y que economizaría largas y azarosas singladuras? El río descubierto por Solís, que, bajando del noroeste alimentaban otros anchos y caudalosos ríos, ¿no se prolongaría por medio de sus afluentes navegables hasta las mismas costas del otro mar? La pérdida de la Victoria y las condiciones poco marineras de la galeota habían cambiado mucho el aspecto de la cuestión... Fuera de que, si de esa vez no se llegaba precisamente a Ofir, ¿qué proeza y qué fortuna las de realizar el descubrimiento del nuevo paso, llevando ya estibados en la cala y arremados en el puente de las naos españolas los tesoros del Rey Blanco!...

—No es ése mi camino —repitió Caboto con desabrida indiferencia.

Cuando zarparon, el 21 de febrero, de Santa Ca-

talina, un enjambre de indios e indias, desnudos bajo el sol ardiente, gesticulaban y danzaban en la ribera. Pero no se vió a los capitanes y el piloto desterrados, que maldecían su suerte y pedían para Caboto los rayos de la cólera divina, disimulándose entre los matorrales, devorados por la ira y la vergüenza de la derrota.

No sorprendió mucho a César ver que Montes, el filósofo Montes, se embarcaba también. Caboto le había alistado por lengua de la expedición, junto con Ramírez y un tal Gonzalo Acuña... ¡Para ir a Tharsis!...

...La galeota seguía deslizándose lentamente en el mar tranquilo... Pero ¿soñaba el capitán Francisco César, o la capitana de Caboto viraba hacia el sudoeste como si se propusiera ir en demanda de la embocadura del Mar Dulce? No era ilusión, no, porque el señalero de la capitana tremolaba desde una jarcia sus banderolas, y tras de la Santa María del Espinar y casi en su misma estela, seguían el nuevo rumbo primero la Trinidad, luego la carabela de Esquivel, por último la galeota Santa Catalina...

II

ENTRARON, efectivamente, en el río de Solís. La nueva —que divulgaron Montes y Ramírez, apenas advertido el cambio de rumbo—, arrebató a la tripulación de las naos. El capitán César, no menos entusiasta, lamentaba el hallarse a bordo de la galeota, en la consiguiente imposibilidad de hablar con el capitán y de reiterarle su insistente pedido de hacer entrada en la tierra de los tesoros. Y más lo lamentó físicamente, luego, porque el río de Solís les recibió con muy malos modos, y aquella pequeña nao de una sola cubierta no era muy apropiada para desafiar temporales. Aunque pescara poca agua, como el río no tiene casi abrigos y es difícil dar con el canal entre los bajíos que lo obstruyen, costóle no poco, pero nunca tanto como a las naves mayores, el remontar la corriente, sobre todo cuando no la

ayudaba la marea. La galeota, en cambio, danzaba mucho más que sus compañeras. . .

Surgieron, por fin, en una ensenadita a la que luego se llamó de San Lázaro, y allí pudo César acercarse a Caboto, y hablar con él acerca de sus pretensiones, que esta vez no parecieron disgustar al general.

—Pienso seguir aguas arriba y reconocer todo este río, hasta donde me sea posible —dijo Caboto—; después veremos.

A la mañana siguiente César tuvo motivos de pensar que la misma mano de Dios les había conducido hasta aquel pequeño surgidero. Acababa de amanecer, y pocos hombres habían desembarcado, cuando de repente desembocó de entre los matorrales, corriendo hacia ellos y gritando como loco, un mocetón que a César pareció indio, tanto por el paraje en que se hallaba cuanto por lo atezado y desnudo, pero lo sería de paz, pues no llevaba armas y sus ademanes eran más bien de regocijo que de amenaza o de espanto. Mayor fué su sorpresa al oír que gritaba palabras que le sonaban a españolas, y que resultaron tales cuando pudo escucharlas de más cerca: "¡Cristiano! ¡Español! ¡Norabuena!" decía el desnudo mozo que, sin dejar de correr y gritar, volvía a cada paso la cabeza, como si temiera verse perseguido.

Como César se adelantara a recibirlo, el mocetón se arrojó en sus brazos, riendo y llorando a

la vez. Todos cuantos se hallaban en la playa habían acudido de carrera, movidos de curiosidad, y formaban corro alrededor del grupo, que no tardó en separarse porque César, repeliendo sin mal humor al efusivo mozo, le enderezó de un aliento esta serie de preguntas:

—¿Quién eres? ¿De dónde sales? ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido?...

Difícilmente, con extraños acentos guturales, haciendo esfuerzos para encontrar la palabra olvidada, el interrogado contó su historia. Había sido grumete de una de las carabelas de Solís, y se llamaba o le llamaban Francisco del Puerto.

Cuando el asesinato del capitán y sus compañeros, los salvajes le habían dejado con vida viéndole niño, y tratado desde entonces como si perteneciera a su linaje. Con ellos había pasado largo, muy largo tiempo... hasta hacerse hombre. Pero no le permitirían gustosos que se marchara, y él temía que lo hubieran perseguido... Viviendo con esos indios no tardó en aprender su lengua y otras semejantes, pues no permanecían mucho en el mismo sitio y siempre estaban, por sus correrías, en contacto con las otras naciones... Dos días antes Francisco había descubierto las naos que remontaban el río, y desde entonces corrió a lo largo de la ribera, tratando de no perderlas de vista a pesar de los obstáculos, para aprovechar la primera ocasión de que se le recogiese a bordo... Temía

que lo persiguieran a instancias de una mujer... porque desde que tuvo edad lo habían casado en la tribu... Por el momento, más que temor tenía hambre, y estaba rendido de fatiga...

Sin atender a esta queja, que entrañaba una súplica, César acudió a lo que más le interesaba: las noticias sobre el famoso Rey Blanco.

—El Rey Blanco, sí —murmuró Francisco del Puerto, que desfallecía—. Lejos... allá lejos... mucho oro, mucha plata, mucho metal... ¡Tengo hambre!...

Le llevaron a bordo de la capitana y le presentaron a don Sebastián que, por pronta providencia, ordenó al maestre Nicolás de Nápoles le hiciera dar de comer y alguna ropa con qué cubrir sus vergüenzas. Mientras devoraba, más que comía, rodeado de marineros curiosos, el capitán César reanudó su interrogatorio. Y, entre bocado y bocado, Francisco del Puerto contó también maravillas: no sólo existía el país del Rey Blanco, no sólo abundaban allí las minas más ricas, sino que tenía montañas enteras de metal purísimo, vistas y visitadas mil veces por los indios de su linaje. De aquellas sierras nacia un río llamado Carcarañá, a poco andar navegable, que iba a engrosar otro mayor y más caudaloso a unas sesenta, ochenta, cuando mucho cien leguas del sitio donde estaban. Las embarcaciones menores podrían llegar fácilmente hasta allí, y lo mismo pudieran las mayores, a no estar el

lecho del río sembrado de escollos y bancos de arena.

Respecto de las costumbres de los charrúas, entre quienes había vivido, apenas si le preguntaron si era cierto que se habían comido a Solís y sus hombres, a lo que contestó afirmativamente, pero sin querer detenerse en detalles. Y, con la recelosa discreción aprendida de los indios, nada dijo por iniciativa propia.

Caboto mandó que se le dejara descansar a gusto, y sólo al día siguiente le hizo conducir a su presencia. Largo fué el interrogatorio sobre las peculiaridades de la tierra y especialmente sobre el país del oro, y Caboto, satisfecho sin duda, dijo al mozo, a manera de conclusión:

—Aunque ya tengamos tres, si quieres puedes quedarte por lengua de la armada. Serás bien tratado, y se te recompensará como a los otros.

Del Puerto aceptó regocijado, seguro de que su nueva vida sería la gloria comparada con el largo paréntesis de barbarie que se había abierto para él diez años atrás. Pero quizás en otra crónica se relate cómo estaba muy equivocado. . .

César anduvo rondando a Caboto hasta que creyó haberle arrancado una indiscreción, candorosa jactancia, dado el carácter de su jefe. Este se dijo dispuesto a enviarle a descubrir, con algunos hombres de probado valor y resistencia física, en cuanto reconociera el Paraná y sentara el real en un pun-

to estratégico que buscaría aguas arriba, lo más cerca posible del río señalado por Francisco del Puerto, si eran exactas las noticias de éste. Pero era preciso callar el proyecto, porque no habría en la armada hombre que no pretendiera lanzarse el primero a la aventura; él necesitaba mucha gente para seguir reconociendo el río, y también era forzoso dejar en tierra hombres que les guardaran las espaldas y les tuvieran la retirada expedita.

Acto continuo comenzaron los aprestos: la Santa María del Espinar y la Trinidad, que calaban demasiado, fueron conducidas a puerto más seguro que la ensenada de San Lázaro, después de alijadas de mucha mercancía, perteneciente en parte a Su Majestad, en razón de las capitulaciones, en parte a los jefes, oficiales y gente de la expedición, y que había de quedar allí bajo la custodia de diez o quince hombres mandados por Antón Grajeda, maestre de la Santa María del Espinar. Calafateóse como se pudo la carabela Esquivel y la galeota Santa Catalina, embarcóse en la primera el capitán general, siguió César en la segunda, y a principios de mayo de 1527 ambas naves zarparon de San Lázaro, Paraná arriba, en busca del río indicado por Francisco del Puerto.

Llegados veinte días después a su desembocadura, Caboto observó que no era uno, sino que eran dos —el Carcarañá y el Coronda— los ríos que allí engrosaban el Paraná, y que una especie de

península de mediana altura le ofrecía todas las condiciones necesarias para levantar una fortaleza. Mandó echar anclas, y apenas desembarcado, trazó en el sitio las grandes líneas de una ciudadela sobre el mismo río Carcarañá, así llamado, según los naturales que toparon en las inmediaciones, porque allí abundaban los caranchos o cara-cará, y quizás también por ser el nombre de un gran cacique de la tierra. Bajo la dirección personal de Caboto, marineros y soldados, auxiliados por esos indios de los alrededores, que eran gente pacífica y al parecer sumisa, construyeron sólidos revellines con la madera que en la comarca abundaba, uniéndolos entre sí por cortinas de terraplén y reforzándolos con terrones y cubos bien cubiertos, fortificación inexpugnable para las armas y la estrategia primitivas de los indios. El fuerte tomó pronto cierto aspecto militar y europeo, y dentro de sus murallas se levantaron rústicas chozas techadas de paja, que lo hicieron parecer un campamento veraniego de pastores trashumantes. Construido el fuerte que, por la fecha, Caboto llamó de Sancti Spiritus, el general, haciéndose escoltar por César, el ex grumete de Solís y algunos hombres, fué a reconocer de visu la comarca, encontrando diversas familias que le recibieron con aparente amistad o por lo menos con acatamiento, y con las que hizo truecos y rescates para aumentar y asegurar la provisión de su gente. Procuraba al mismo tiempo

noticias sobre el país del oro, y sobre el soñado paso al Mar del Sur, y los naturales, por ignorantes o por astutos, se las daban a medida de sus deseos, confirmándole la existencia del uno y del otro...

Ya volvían hacia el fuerte de Sancti Spiritus cuando, siempre insistente en su tema, César obtuvo por fin una respuesta formal: Caboto, como había dicho ya, se proponía remontar el río; el capitán, con algunos hombres de a pie y de a caballo, y los indios que pudieran conseguirse para cargar la impedimenta y vituallas, enderezaría entre tanto al poniente, en busca de las tierras del Rey Blanco, sobre cuya situación no había muy cierta noticia...

Trató César de asegurarse los servicios de Francisco del Puerto como lengua y guía, pero Caboto se lo reservó, considerándolo precioso por su conocimiento de la tierra, el habla y las costumbres de los indios. Tuvo que contentarse con Ramírez, porque Montes y Acuña mostraran mala voluntad, prefiriendo seguir al capitán general, ya que era más cómodo viajar embarcados que a caballo o a pie, y más seguro agregarse al grueso de la gente que a un pequeño pelotón.

III

ANUNCIABASE ya la primavera de 1529 cuando el capitán Francisco César, once hombres de a pie y de a caballo, Ramírez y otro intérprete, que mejor se hacían entender de los naturales por señas que por palabras, y los indios portadores que se pudieron conseguir, salieron de la Torre de Caboto —así también solía llamarse al fuerte de Sancti Spiritus— encaminándose al poniente.

Al despedirlo el capitán general le había mandado que, hallase o no hallase las tierras buscadas, regresara antes de los seis meses a darle cuenta de lo descubierto, para determinar entonces lo más conveniente al interés común, que quizás exigiera la unión de todos los españoles. Caboto iba a partir inmediatamente, río arriba, dejando en Sancti Spiritus un fuerte presidio para que lo defendiera

de modo que si él no hubiese vuelto aún para la época fijada, el capitán César podría, a su regreso, aguardarlo tranquilo y en completa seguridad.

Desde los primeros pasos, César y sus hombres entraban de nuevo en lo desconocido, sin más apoyo que sus escasas fuerzas pero con ánimo resuelto y sereno, si es serenidad el ansia siempre impaciente de la ambición. La gente confiaba en su capitán y el capitán en su gente, porque César siempre tuvo el don de infundir bríos a sus hombres y de ganarse todas las voluntades, como acabaron de demostrarlo, años después, sus temerarias campañas allende los Andes.

Muchas jornadas se hicieron sin mayores dificultades, pasando de grupo en grupo de chozas primitivas o de simples aduares, cuyos habitantes los recibían a menudo con amistad y agasajo, nunca con hostilidad. Alucinados con las baratijas que César llevaba para rescates y regalos, los indios le cedían, en teniéndolos, cuantos víveres necesitaba para su gente, y así podía mantener poco menos que intactas sus reservas. Y este buen entendimiento se mantuvo durante todo el viaje, pues César no se cansaba de repetir a los suyos consejos y órdenes para que no se cometiera el menor acto de violencia, salvo ataque a mano armada. Aun en este caso los españoles debían mantenerse, en lo posible, a la defensiva. Siendo tan pocos, su fuerza estaba en la paz, no en la guerra, y si man-

tenían la buena amistad con los naturales el éxito era seguro. Por otra parte, y contra lo que habían contado en Santa Catalina Fuentes y Ramírez, los indios eran mansos, reverenciaban a los cristianos como a seres superiores, y ya tenían, por los del Brasil, noticia de su formidable poder, que para tan pueriles imaginaciones rayaba en lo sobrenatural. Además, los abalorios y herramientas de los rescates despertaban en ellos, como en los españoles el oro y la plata del Rey Blanco, una codicia que sólo podía refrenar el temor, y que en parte satisfacían las ventas y truecos.

Así cruzaron llanuras de mucha arboleda que ora se presentaba en forma de aislados bosquecillos, ora se convertía en una verdadera selva de esencias análogas a las entrevistas en la región de Sancti Spiritus, ñandubayes, algarrobos, quebrachos, talas, chañares, que con la primavera comenzaban a florecer. El paisaje era dulce, apacible, variado en su monotonía aparente, y en otras épocas y con otros hombres hubiérase dicho que respiraba serena melancolía; para César y sus compañeros era sólo un camino largo, pesado, al fin, aunque bastante llano, y mucho más difícil que los de España a causa de las altas hierbas y los espesos matorrales. Pero más solía afligirles la falta de agua: muchas veces, lejos de toda aldehuela de naturales y sin arroyo, laguna ni simple charca a la vista, era indispensable cavar pozos a fuerza de azadón

en las hondonadas donde se había rezumado el agua de las últimas lluvias, y que presentaban señales de humedad, para encontrarse a menudo, después de tanta fatiga, con un líquido cenagoso y salobre que podía engañar pero no apagar la sed.

A medida que iban internándose disminuían los recursos proporcionados por los indios, muy escasos o del todo ausentes en ciertas comarcas, y fuerza era acudir a las provisiones que se acabaron un día. . . Lo peor es que donde no había indios tampoco abundaba la caza, como si aquéllos dependieran de ésta, y así, más de una vez tuvieron que correr, a imitación de los naturales, tras de ciertos conejillos o ratones grandes sin cola, que los lenguas de la expedición supieron se llamaban aperiá, y vencida la primera repugnancia, César y sus compañeros convenían en que la carne de la tal bestezuela tenía un sabor semejante al del gazapillo silvestre de España. Mejor caza, aunque mucho menos abundante, era la de venados y corzuelas, que todavía recelaban poco del hombre y se dejaban acercar, y la de jabalíes y agutíes que tomaron por liebres. Pero más les sorprendió una extraña especie de ovejas leonadas, mayores y menos lanudas que las de Europa, pero más altas, ágiles y saltarinas, cuyo largo pescuezo las hacía semejar al camello africano que todos habían visto por lo menos en las Canarias: guanacos las llamaban los naturales, pero durante muchísimos años fueron pa-

ra los españoles "ovejas de la tierra". Eran, en realidad, plato poco apetitoso, coriáceo y de fuerte tufo, pero más de una vez bien venido... Gracias a la sencilla pero incomparable salsa del hambre, César y los suyos gustaron también —y saborearon luego— la carne de otros curiosos animalejos que podían tomarse por tortugas en razón de su coraza ósea, aunque articulada, pero que no se les parecían por cierto en cuanto a velocidad y menos aun por la destreza y rapidez con que abrían en el suelo profundas cuevas donde soterrarse; algunos de éstos, al sentirse perseguidos, se hacían, como los erizos, una bola, y ya no había diantre que los abriera, ni a golpes, ni echándolos a rodar peñas abajo; los que no gozaban de esta virtud apelaban a la fuga, trotando como acémilas cargadas, o al soterramiento del que era muy difícil arrancarlos, pues solían, como los cangrejos las patas, dejar la cola en manos del cazador. Asados en su propia coraza, al modo indio, estos animalejos no tardaron en ser manjar apetecido y buscado de los españoles, que los comparaban con los más sabrosos lechoncillos y los preferían con mucho a las torcazas de los bosques, las perdices de los prados, los chorlos y los batitúes de los esteros, los patos, cisnes, garzas y gansos de las lagunas... Cazaron también muchas vizcachas, que al caer la tarde asomaban a la boca de sus cuevas subterráneas, pero que sólo siendo muy jóvenes tienen buen

sabor y ceden al diente, y un ave del tamaño de una gallina o poco menos, de patas rojas y plumaje verde oscuro con reflejos metálicos, que vive, al modo del faisán europeo, encaramada en los árboles, vuela mal pero corre bien, escondiéndose como un duende en la espesura, y que se llama charata, plato muy presentable hasta en la mesa del mismísimo emperador... Loros y lechuzas pichones fueron saboreados más de una vez, pero no así la iguana ni la ampalagua, horrendo y erizado lagarto la primera, espantable culebra la segunda, que solían hacer las delicias de los indios, aficionados a la cola de la una y a los tarazones del cuerpo de la otra, asados en el rescoldo. ¡Qué mucho que no hicieran ascos a tan repelentes reptiles, si conían sin reparo la carne del aguará, especie de lobo o zorro, con garras semejantes a las del oso y pelaje gris amarillento, y hasta sapos y —lo que es más espeluznante todavía— grandes gusanos blancos que sacaban de los troncos derribados y podridos!...

El capitán César, cazador forzado delante del Señor, era, de todos, el más resuelto y activo, así como el más observador. Diríase que ensayaba al par la guerra y la política, preparándose a próximas conquistas y futuros gobiernos. Durante jornadas abrumadoras para los más aguerridos parecía complacerse en hacerlas aún más rudas apartándose con largos rodeos del camino de sus hombres,

sin preocuparse ni de las dificultades del terreno ni de los ardores de un sol africano. Conoció así casi palmo a palmo la tierra que cruzaban y, de aspecto sino de nombre, todos los animales de pelo y pluma que la poblaban, desde las fieras, como los yaguetes que creyó tigres y los pumas que apellidó leones, hasta los pájaros cantores, como el zorzal, el mirlo, el tordo y el jilguero. Su arcabuz y el arco indio, que aprendió a usar diestramente, derribaron más de un anta en el bosque, más de un carpincho en la orilla pantanosa de los arroyos. . .

Y cierta tarde, cruzando un prado, vió, ya entre dos luces, una linda bestezuela que estuvo a punto de hacerle maldecir para siempre de la caza.

Era tan pequeña y al parecer tan mansa como un gatito doméstico, de hermoso pelaje manchado, y a César le pareció que podía tomarla con la mano, tanto se dejaba acercar.

Ya creía, agachándose, tenerla segura, cuando de pronto vió que volvía grupas y César tuvo que detenerse, enderezarse y echarse atrás como si hubiera tropezado, y tapándose las narices, mientras la bestezuela desaparecía. Dios sabe dónde, en una cueva o entre los matorrales. . . Un olor fétido, penetrante, como no ha de exhalarlo el diablo mismo, le hizo dar vueltas el cerebro, nublándole la vista cual si fuera a perder el sentido.

Y lo peor es que el infernal perfume lo persiguió hasta donde acampaba su gente que, pese al res-

peto, y con más o menos disimulo, se apartaba de él como de un apestado. Y esto ¡ay! duró varios días, sin que ni el aire, ni el humo, ni el agua logaran disipar tan horrendas emanaciones.

Después de averiguarlo entre los indios, Ramírez le explicó lo que en su defensa y volviendo grupas había hecho el animalillo, que los naturales llaman chinga.

—¡Donosa tierra! —exclamó el capitán—. Oro no encontramos, pero encontramos orines. . .

No renunció por este odorífero percance a sus aficiones cinegéticas, aunque diciendo que hubiera preferido verse cara a cara más con el fiero león que con el medroso chinga; y buscando mejores piezas conoció, entre otros muchos, a los pájaros carpinteros que perforan los árboles a picotazos, a los horneros que edifican sus nidos con barro y les dan la forma redonda de un horno, a los loros que, en las barrancas, a pico excavan minúsculas ciudades trogloditas y que, en el umbral de sus moradas inaccesibles atruenan los aires con su algazara, o que, en los bosques, se confunden, a bandadas, con el verdor del follaje, y compiten a quién chille más con las vocingleras urracas; al chajá que trompetea su alerta como centinela vigilante, o que en las horas cálidas del mediodía sube a mecerse entre las nubes, flotando en el aire abrasado, al teruteru que revolotea con bélicos alaridos, acometiendo al pasajero y amenazándolo, para apartarlo del nido

oculto entre las hierbas, con las rojas púas de sus alas, y sobre todo al ñandú que, agitando los muñones impotentes, corre con sus largas zancas puestas del revés, con la rodilla atrás, haciendo los más burlescos escarceos. . . Aleccionados por los indios, los españoles buscaban con empeño los nidales de este avestruz americano, solían encontrarlos en forma de hoyos llenos de grandes huevos, y asaban éstos al rescoldo, después de abrirles un boquete en la parte más ancha, revolviendo el contenido con un palitroque, y sirviéndoles de sartén el cascarrón, lo mismo que la coraza-cacerola de los armadillos.

Los árboles de un bosque ralo, vistos desde lejos y en conjunto, parecen siempre apretada masa, y dan la impresión de una selva impenetrable; así, también, la rápida revista de las cacerías de César podría sugerir que todas las aves y las bestias del paraíso terrenal estorbaban el paso de los españoles, ofreciéndose a porfía al honor de sus cacerolas o para alcanzar la gloria póstuma de ser por ellos asadas al espeto. Exagerada ilusión sería, pues, a la verdad, solían pasar semanas enteras sin que el capitán y sus hombres cobrasen ni siquiera viesan más que insignificantes piezas, y el anterior catálogo abarca largos meses de marchas y acampamentos, en los que no faltaron sus días de feroz hambruna. . .

Para remediarla también cataban colmenas instaladas en carcomidos troncos, relamiéndose como los indios con la "miel de palo" y desafiando para ca-

tarla el aguijón de las abejas y aun el de ciertas avispas que cuelgan de las ramas de los árboles sus nidos los camuatiés, grandes bolsas piriformes hechas como de cartón. . . Pero más que del aguijón de las abejas y avispas tenían que guardarse de muchas víboras que escapaban a su paso pero que, provocadas e irritadas por casualidad, sabían hincar los colmillos colmados de veneno inevitablemente mortal.

Regañando como buenos españoles, y como es uso inmemorial entre los soldados aventureros o de fortuna, poco hechos a la obediencia y sometidos, sin embargo, por la fuerza de las circunstancias a tan rudos cuanto interminables ajetreos, nuestra gente avanzaba sin embargo por comarcas más desiertas cada día, bajo un sol que comenzaba a calcinarles los tuétanos, siempre con la esperanza y la incertidumbre del mañana: la privilegiada tierra del Rey Blanco o la asechanza de alguna tribu traidora (traidora simplemente por enemiga), las riquezas y la holganza o el hambre y la sed. Tal solía ser la soledad, que a veces, en campo abierto, sólo llamaba su atención un puntito negro, casi inmóvil, que manchaba la atmósfera a vertiginosa altura: era la recepción que les hacía la montaña, era el cóndor que, dominando a las águilas y los gallinazos, a los halcones y los gavilanes, como éstos a las caracaraes y a los urubúes ahitos de carnes putrefactas, escudriñaba desde el cielo, con ojo avizor, las colinas, los valles y los bosques. . .

IV

LA llanura subía hacia el oeste, sin grandes inflexiones que modificaran la gran curva del horizonte cuando no la cortaban selvas o bosquecillos. Pero, después de fatigosas jornadas, el terreno comenzó a presentar algunos accidentes, medianas colinas, amplias ondulaciones, hondonadas húmedas y verdes, hasta que, allá muy lejos, primero como un celaje, después como una larga cortina de nubes pizarroñas, más cerca como una muralla sinuosa, vieron una extendida cadena de sierras o montañas, seguramente la misma en que nacía el Carcarañá, la misma cuyos peñascos no eran de granito sino de oro y de plata...

El capitán, dando crecientes muestras de impaciencia e inquietud, mandó apresurar la marcha aunque ello fuera innecesario porque todos sus

compañeros olvidaban la fatiga, ansiosos de llegar cuanto antes a la tierra de promisión. Pero, aunque aguijaran a los pocos caballos que les quedaban —muchos habían perecido ya de cansancio y flaqueza— y aunque los peones ajustaran voluntariamente su paso al de las cabalgaduras, sólo a las dos o tres jornadas alcanzaron las primeras estribaciones de las sierras que, no llegando a verdaderas montañas, ofrecían fácil acceso, especialmente junto al cauce de los arroyos y torrentes de aguas puras y frescas, garantía contra la sed que tanto los había torturado.

César mandó acampar junto al agua corriente, en un vallecito alfombrado de hierba y sombreado por árboles añosos, y como no faltaba salvajina de que abastecerse, resolvió permanecer allí hasta que sus hombres cobraran nuevos bríos. Pero él, infatigable, a la madrugada siguiente salía ya con uno de los lenguas a explorar los alrededores y ver de cobrar algunas piezas de caza. Habíase apartado legua y media del campamento cuando, en una hondonada rica en pastos, vió dos ovejas de la tierra, y se disponía a disparar sobre ellas cuando descubrió un indio de cierta edad que sin duda las apacentaba y que, en cuanto advirtió al español y su guía, trató de escapar arriándolas. Pero los guanacos se resistieron a interrumpir su festín; saltando a un lado y otro, los exploradores lograron acercarse, y el intérprete gritó palabras

de paz, e hizo ademanes amistosos no sin eficacia, pues el indio, que era menudo y canijo, y que no parecía entender las primeras, renunció sin embargo a la fuga, contestando con gestos análogos mientras balbucía una jerigonza incomprensible para el trujamán y a mayor abundamiento para César. Acabaron por comprender éstos que el indio los invitaba a seguirle, y le hicieron señas de beneplácito. Arreó el viejo sus ovejas y echó a andar por un sendero empinado que subía entre peñas, mirando de tiempo en tiempo hacia atrás para asegurarse de que le seguían. Pero de pronto se detuvo y comenzó a gritar vuelto hacia las rocas, como si hiciera un ensalmo o conjuro. Y más se afirmó César en creer que de conjuros se trataba viendo surgir de entre las piedras, como por arte de encantamiento y uno tras otro, hombres, mujeres y niños completamente desnudos que se quedaban, mirándolos estáticos, con tamaño boca abierta y aire de espantada imbecilidad. Pero esto duró apenas un instante. En una reacción de su pánico, los chiquillos y las mujeres volvieron, dando alaridos, a desaparecer entre las peñas. Siguiéronlos algunos hombres, pero para mostrarse de nuevo a los pocos minutos, armados de lanzones y de arcos. Al verlos asomar, uno de los pocos que habían quedado y que debía de ser el cacique, envalentonado por el refuerzo adelantó unos pasos hacia César que aguardaba de pie

firme el apaciguamiento de los ánimos. No dió, naturalmente, señales de que le alarmara la toma de armas de los salvajes, y avanzó a su vez hacia el cacique, dejando las suyas en el suelo. En un principio no hubo medio de entenderse, pero el indio ensayó, por fin, una lengua muy semejante a la de los caracaraes, que el intérprete comprendía. El cacique la hablaba apenas, pero un collar multicolor de cuentas de vidrio de los que César llevaba siempre a prevención para eventuales rescates, acabó de aclarar las cosas y de sellar la paz. El indio lo recibió con demostraciones de júbilo entusiasta, y su gente lo rodeó casi hasta aplastarlo para contemplar la maravilla, lanzando exclamaciones de admiración. Esto fué otro conjuro, pues poco a poco empezaron a asomar entre las peñas, primero las cabezas, luego el torso, en seguida el cuerpo entero de indias e indiecitos curiosos, que no tardaron en apeñuscarse también alrededor del cacique.

César les hizo dar a entender que si le proveían de algunos víveres y llevaban éstos a su campamento, les daría cuentas de colores en proporción, y otras prendas aun más admirables y valiosas. Aceptó el cacique la propuesta sin hacerse de rogar, y después de transmitir algunas órdenes a los suyos, se dispuso a acompañar a César, aunque rodeándose por precaución de lanceros y flecheros. Y la caravana emprendió la marcha, yendo tras

de la escolta varios hombres con dos guanacos recién degollados y algunas cestas de maíz, alguno en grano, alguno toscamente molido en morteros de piedra por las mujeres de la tribu.

Dos horas después el capitán César y su extraña comitiva eran recibidos alegremente en el real: el maíz iba a hacer con grande éxito las veces del pan cuya falta era para muchos y desde muy largos días una de las más penosas privaciones... Las hogueras se reavivaron en un decir Jesús, y la atmósfera del vallecito no tardó en perfumarse con el olor de las carnes asadas y de las tortas que se cocían al rescoldo.

El prodigio de que aquellos salvajes surgieran de pronto y desaparecieran como por ensalmo, a manera de demonios o fantasmas, consistía sencillamente en que habitaban de preferencia las cuevas naturales, numerosas en la falda de la montaña. Pero algunos, que cultivaban grosera y pobremente la tierra, se hacían, en las mesetas y en los valles, rudimentarias chozas circulares techadas de paja y en forma de cono, muy semejantes a las que César y sus compañeros habían visitado en las cercanías de la Torre de Caboto. Supo el capitán que se llamaban comechingones, vivían de la caza a fuer de diestrísimos flecheros, criaban guanacos para remediarse cuando escaseaban los libres y cultivaban su poquito de maíz, el trigo de la tierra. Inquiriendo noticias del Rey Blanco su-

po, también, que hacia el sur había otros indios, los puelches, mala gente, belicosa y cruel, y que hacia poniente se tropezaba en primer lugar con los sanabirones, nada temibles, y más lejos con linajes numerosos, guerreros muchos de ellos. Estos hablaban una lengua semejante a la de los comechingones, que los intérpretes no habían logrado comprender. En cuanto al Rey Blanco, los informes eran tan nebulosos como si aquellos pobres indios no estuvieran seguros de su existencia, o como si no osasen hablar, enmudecidos por alguna terrible consigna. César se inclinó a creer más bien esto que lo otro, aferrado con potencia y sentidos a su gran sueño de conquista. ¿No eran los comechingones, como todos los indios, amén de ignorantes, astutos y solapados? ¿No hablaban con temeroso recelo, esquivando toda respuesta categórica, expresándose con ambigüedad, o no contestando palabra, como unos perfectos imbéciles? Sólo a fuerza de insistir, casi de imponer el sentido de la respuesta, el capitán acabó de arrancar al cacique la no muy afirmativa confesión de que, según antaño decían los más viejos de la tribu, y según solía desprenderse de la conversación de algún indio venido del norte o del oeste, allá lejos, pero muy lejos, tras de altísimas montañas, había un país belicoso y riquísimo, gobernado por un cacique dueño de inmensos tesoros, y tan deslumbrante como el sol. Le habían

dicho, también, que los vasallos de ese poderoso señor transponían a veces las montañas para someter a los hombres de este lado, pero que durante la paz sabían cultivar la tierra, criar animales parecidos al guanaco pero de pelaje mucho más fino, hacer con su lana vestidos de vistosos colores, labrar los metales y muchas otras artes más...

—¿Es blanco, tal como yo, ese cacique? — preguntó César.

—Debe de ser, más o menos, de un color semejante, según me parece, pero no puedo asegurarlo, aunque es muy probable que sea así, si no me equivoco — fué, en frase aun más larga y anfibológica, la poco terminante respuesta del comechingón.

Pero el bueno del capitán César se forjaba ilusiones respecto de su blancura, porque el sol y las intemperies le habían tostado y curtido la piel, hasta dejársela como la aceitunada de los indios. Con todo, aquellas vaguedades que no le inducían a acelerar la marcha, no le hicieron, tampoco, flaquear en sus proyectos. Permaneció, pues, con los suyos, largos y apacibles días en aquel vallecito ameno, donde nada de primera necesidad les faltaba. Los trogloditas mostrábanles gran amistad, y les visitaban diariamente, llevándoles —con grave detrimento de sus reservas, y puede que desafiando el hambre en el invierno próximo— como regalo aparente, pero en realidad como pre-

cio de sus abalorios, pedazos de hierro y chuchearías, cestos de maíz, piezas de caza, guanacos domésticos y, en deformes vasijas de mal cocido barro, una bebida fermentada que las mujeres hacían con maíz y que no dejaba de ser agradable y capitosa: era el vino de la tierra. Y perdido ya el miedo, esas mismas mujeres frecuentaban el real con mayor asiduidad que los hombres, sin enojo de padres y maridos, y con verdadera satisfacción de los ya bien repuestos españoles.

Pero hubo que abandonar, al fin, estas primitivas y fáciles delicias para correr en pos de otras más complejas y problemáticas. Y los españoles partieron un día del valle, dejando quizás algún recuerdo mucho más vivo que las sartas de cuentas a las comechingonas que les vieron alejarse sin derramar una lágrima, sin lanzar una queja, sin legar a los escritores del futuro ningún tema de drama, de idilio o de elegía...

HACIENDO cortas jornadas deteníanse a mediodía a causa del creciente calor. Por fortuna, en su nuevo camino los arroyos del valle, que subía en suave pendiente, les ofrecieron agua en abundancia, hasta que, seis o siete días después de su partida, entraron en una llanura seca y estéril, cuya tierra blanquecina reverberaba al sol. La atmósfera era allí de fuego, y tanto más sofocante cuanto que peones y jinetes alzaban densas nubes de polvo que les seguía flotando en el aire y les abrasaba los párpados. Solo una que otra mata plomiza y achaparrada surgía en aquel erial, huérfano de cualquier otra vegetación. Pero no mucho después tuvieron la alegría de llegar a un bosque perfumado por los olores resinosos de un árbol de corteza verde, la brea, y por las apretadas esferitas de las mimosas cuyos tonos siguen, entre las escasas hojas y las

ganchudas espigas del ramaje, toda la escala cromática de los amarillos desde el anaranjado hasta el de limón. Y los troncos oscuros de estos árboles parecían retorcerse de sed. Subiendo a alguna de las pocas colinas que hallaba en el camino, César descubría una vasta llanura arenosa, cubierta en gran parte de monte ralo. En los troncos abundaban las colmenas, pero los españoles y sus cargueros caracaraes renunciaron bien pronto a catar la miel, tan temible era el aguijón de las abejas que la destilaban saqueando las aromas del espinillo, del molle, del chañar y del garabato...

—Los de aquí saben sacarla sin que esas moscas les hagan daño; nosotros no sabemos... — explicaban lamentándose los indios.

Luego, sin andar mucho, topó César con un gran río de enorme cauce pedregoso que en la estación de los deshielos debía de parecer un mar, pero por el que a la sazón solo corría un insignificante hilito de agua; y siguió ese cauce, rumbo al oeste, cosa de diez leguas, hasta donde, formando bruscamente un codo, se dirigía hacia el norte. Del otro lado del lecho casi seco extendiase una sábana blanca, un inacabable desierto de sal, mientras que, de este lado, la hasta entonces árida ribera iba haciéndose cada vez más cenagosa, cubierta de vegetación palustre, y por último tan intransitable que César debió separarse de ella como a dos tiros de arcabuz, antes de encontrar

camino transitable. Pero todas las mañanas y a menudo varias veces al día, era forzoso acercarse al indigente río para renovar el aguaje.

La travesía duró próximamente una semana, en una atmósfera reseca, ardiente en la proximidad de las salinas como el hálito de un horno, agitada a menudo por vientos abrasadores y sólo refrescada de tarde en tarde por algún chubasco estival.

Dejados atrás, al fin, los fangosos esteros, acercáronse nuevamente al río y como las salinas acababan también, lo vadearon para seguir por la otra orilla. Avanzaron hacia el oeste, alcanzaron una serranía no muy distante, y trepando sus cuestras se hallaron en un ancho valle circunscripto por otros cerros de mayor altura. Hacia el sur alzábanse montañas cortadas por gargantas estrechas o separadas por grandes valles redondeados y áridos, mientras sus faldas ostentaban lujosa vegetación. Dominábalas un macizo nevado, que después supieron se llamaba el Aconquija. En los valles bajos tenían que soportar temperaturas tórridas y vientos huracanados que, arrastrando torbellinos de polvo cáustico, les cegaban y les provocaban dolorosas oftalmías. Pero en los sitios húmedos, la vegetación era vigorosa, casi tropical, abundando en ella los grupos aislados de cocos, la airosa palma, los rudos troncos del espinillo, el mistol, el molle, el algarrobo, el quebracho, el chañar, el verde claro de la brea, las enhiestas varas

de la jarilla... Y triscando en la montaña o pa-ciendo en las hondonadas, a cada paso veían guanacos y vicuñas tan ágiles como airosos. Compadecido de los españoles, pérfido quizá, el nevado solía mandarles brisas frías que ora los refrescaban ora los transían repentinamente...

Fué grande la alegría de César, que se consideró ya próximo al fin de sus trabajos, al encontrarse un día con ciertos hombres, no ya desnudos o apenas cubiertos de pieles, sino vistiendo vistosas ropas de algodón y de finísima lana. Valido de los intérpretes, que comenzaban a conocer por lo menos los rudimentos de la lengua, no le costó mucho ponerse en amistosa relación con estos pacíficos naturales, que le condujeron a un casucho construido, no sin arte, con piedra seca y que, haciendo gala de hospitalarios le regalaron con vino de la tierra y maíz cocido. Notó César que sus nuevos amigos masticaban continuamente, como cosa exquisita, ciertas hojas que sacaban de un zurruncillo atado a la cintura, y tuvo la curiosidad de gustar aquello, que sabía a hierbas de emplasto, y dejaba un ligero picor frío en la lengua: era la coca, que sirve a esos indios de alimento, bebida y reconfortante en las largas jornadas, y en cuyo uso se envician muy pronto, así los naturales como los mismos cristianos... Fuera del casucho, bajo una especie de rudimentaria solana, las mujeres de la tribu hilaban o tejían en

telares de ramas debastadas apenas, y con lanas de vivos colores, telas vistosas enriquecidas con raros dibujos rectilíneos. Y cerca de ellas, por sobre las piedras de un corral circular y bajo, asomaban los largos cuellos y las cabezas curiosas de unas cuantas ovejas de la tierra.

Los intérpretes hicieron saber a César que aquellos indios se decían vasallos de un poderoso señor.

—¿El Rey Blanco? — preguntó Cesar con ansiedad.

—No; sino el curaca Atog Puca, que en lengua de éstos viene a ser "Zorro Viejo".

—Diles que mucho deseo verle y platicar con él.

—Contestan que hoy no puede ser, pero que sin duda llegará mañana, porque no está lejos y ya se le ha enviado un chasque o correo para avisarle de nuestra venida.

—¿No podríamos ir nosotros a donde él vive, sin necesidad de molestarle? — hizo preguntar el capitán, ardiendo en impaciencia.

Sin el menor recelo consintieron los indios en guiarle y acompañarle, y César y los suyos llegaban al día siguiente a la aldehuela morada del curaca Atog Puca, quien se adelantó a recibirles con toda la posible pompa. ¡No tenía ¡ay! nada de blanco!... Pero aunque no era el Rey, sino un simple curaca, o padre de familia, o jefe de tribu, César trató de captarse su voluntad haciéndole los

mayores rendimientos y reverencias, imitado en esto por todos los demás cristianos.

Viéronse agasajados como grandes señores, pero les costó no poco esfuerzo el hacerse entender, que era lo que les importaba más. Sólo a fuerza de mímica, palabras sueltas y miradas expresivas, César creyó, por fin, expresar claramente que él y sus compañeros no tenían otro conato que reconocer la tierra en son de paz, obedeciendo a un príncipe poderosísimo cuyos reinos y señoríos estaban hacia la parte donde nace el sol en el invierno. El y sus hombres no llevaban otro propósito que el de adquirir nuevos amigos porque su Señor poseía tierras sin cuento y no ambicionaba ensanchar sus inmensas posesiones. Y creyó entender, por su parte, que Atog Puca, con mesurada palabra, correspondía a tan cordiales expresiones, valiéndose más de los hechos que de la oratoria, pues él y los suyos fueron inmediatamente alojados en las mejores casas de piedra de la aldea, con gente a su servicio, bastimento elegido y abundante y, como presente de bienvenida, hermosas ropas de algodón y de finísima lana. Refiriéndose más tarde a estos indios, César los llamaba diaguitas, y decía que eran más civiles que cuantos conociera de este lado de los Andes. Pertenecían seguramente, a una raza muy superior a la de los mansos habitantes de las cavernas, y a los primitivos y solapados caracaraes de las

inmediaciones de Sancti Spíritus, y se les diría de un pueblo bien gobernado y bastante culto, el del Rey Blanco, sin duda. Más lo creyó César al ofrecerle Atog Puca, como presente, hermosos objetos de oro, plata y bronce, así como curiosas telas, muy distintas de las de España, pero no menos suntuosas en su género. Ya en pie de amistad estrecha, y entendiéndose mejor con el curaca, el capitán logró saber, por último, que el soberano de aquellas tierras descendía, en efecto, según la antiquísima tradición, de un hombre blanco y bárbaro, Hijo del Sol, y que hijos del Sol se llamaban sus descendientes, soberanos de infinitos pueblos, dueños de poderosísimos ejércitos, esposos de rosadas mujeres, amos de incontables criados, pero que vivían lejos, muy lejos, al otro lado de altísimas y aspérrimas montañas, a las que sólo se podía llegar después de fatigosas jornadas, y que no podrían transponerse sino a costa de grandes esfuerzos, luchas y contrastes, por las dificultades con que las cerraban los hombres, y más que los hombres, la misma naturaleza.

Revistó César su gente, bastante mermada por los azares del camino, contó y examinó los caballos, escasos, desherrados, flacos. . Seguir la aventura en tal guisa, emprendiendo otras mayores, le pareció demencia. Además, el tiempo seguía deslizándose, y ya iba a sonar la hora de acudir a la cita del general. No cabía duda: encon-

trado y estudiado el camino, seguro de no extra-
viarse en otra expedición y de llegar a su objeto
ganando días, lo mejor que entonces podía hacer
era regresar a Sancti Spiritus, dar cuenta a Ca-
boto de todo lo descubierto, pedirle mayores re-
cursos en hombres de armas, caballos, indios au-
xiliares, bastimento, y realizar entonces definiti-
vamente la conquista, pese a los hombres y a las
montañas. . .

Como solía hacerlo en las circunstancias difíci-
les, no sólo por buscar pareceres, sino más bien
por aunar voluntades, reunió a sus hombres en
consejo y les expuso su plan de retirada y su pro-
pósito de insistir muy luego en la empresa.

— ¡El capitán manda, nosotros obedecemos! —
contestaron a una sus soldados. — ¡Bien está lo
que hace el capitán!

Atog Puca y su gente les ayudaron en los
preparativos de marcha con un ardor que tenía
mucho de entusiasta regocijo: por muy honrosa
que fuese la visita, era preferible que no se eter-
nizara. . . Acelerando, pues, celosamente los apres-
tos, aceleraron, también, el día de la despedida
— quizá lo consideraran ya como el de la libera-
ción, — y una mañana tibia y clara César y sus
hombres comenzaron a desandar lo andado, con
sus caracaraes y un séquito numeroso de criados
del curaca, llevando a cuestras provisiones de boca,
muchas ropas tejidas y pintadas, y pesados ador-

nos y preseas de oro y plata, en gran parte procedentes de la munificencia de Atoq Puca, y lo demás producto de truecos y rescates.

Mejor orientados, modificando el derrotero por las indicaciones de los indios y las minuciosas observaciones de César, evitados muchos rodeos inútiles y muchos pasos difíciles, en pocas semanas de marcha llegaron de nuevo al punto de partida...

¡Qué desencanto! ¡Cuán honda aflicción! ¡El fuerte Sancti Spíritus estaba arrasado!... Apenas si pudieron distinguirlo del resto de la campiña plana por la cresta, que la hierba invadía ya, de las murallas de terrón que se iban desmoronando... Los torreones y cubos de tierra apisonada se aplastaban y nivelaban, cediendo a su propio peso; las obras de madera habían ardido, y dentro de los muros algunos manchones de vegetación, más fresca y más verde que la circundante, señalaban el sitio hacía poco ocupado por las casas. Aquí y allí, entre montones de escombros, asomaban restos humanos, descarnados por fieras y alimañas. Reinaba un silencio de muerte, y en la soledad sepulcral sólo se oía el zumbido insistente de los insectos y el deslizamiento fugaz de los reptiles entre las hierbas que iban convirtiéndose en maleza... Por allí acababa de pasar la mano devastadora del hombre, para devolver el terreno a las fuerzas creadoras de la naturaleza. Y como

el río que, al pie de las ruinas, corría tarareando su eterna canción, la marea vegetal avanzaba otra vez reconquistando sin ruido el suelo que la planta humana había momentáneamente esterilizado.

¿De qué drama eran mudo testigo las ruinas de la Torre de Caboto? ¿Qué tragedia se había desarrollado allí? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? César y su gente, petrificados ante el espectáculo, se formulaban, pero no podían contestarse, estas preguntas. Cuando sobrevino la reacción, su dolor y su sorpresa se exteriorizaron en gritos, en blasfemias, en juramentos de venganza, en ruido, en agitación, en nada...

César logró bien pronto, como buen caudillo, recuperar su sangre fría, y recorriendo minuciosamente el terreno descubrió señales de lucha, de una lucha sin cuartel. Todos los españoles debían de haber perecido como héroes en una sorpresa que no les dió tiempo para valerse de la superioridad de sus armas. Y los que no perecieron serían, sin duda, esclavos de los salvajes o habrían huído lejos, muy lejos, sin intenciones de volver... De otro modo los cadáveres de sus compañeros no hubieran quedado insepultos, pasto de fieras y aves de rapiña.

Pero ¿y Caboto? ¿y las naos? ¿Hallaríanse aún aguas arriba, o habrían emprendido el regreso, abandonando a César y a sus hombres? Y César

plantó su real sobre las desoladas ruinas de Sancti Spiritus. . .

Durante meses enteros exploró los contornos, el campo, los bosques, la ribera, río arriba y río abajo. . . En toda la comarca no quedaba un indio, en todo el río no se veía una vela, en toda la inmensidad no se advertía la huella de un cristiano. . . Los diaguitas de Atog Puca se habían vuelto apenas llegados, y los caracaraes que le acompañaron en su entrada desaparecieron una noche, sin dejar rastros, corriendo seguramente a reunirse con los que, temerosos de sangrientas represalias, se ocultaban en los bosques. . .

Y un día, convencido ya de su abandono y confiando forzosa y exclusivamente en sus propias fuerzas, el capitán Francisco César llamó de nuevo a consejo.

—Muerte por muerte —dijo a los españoles— preferible es, a mi entender, morir en la brega que en este marasmo. Aunque sea solo, estoy dispuesto a entrar ahora hasta las tierras del Rey Blanco. . . No llegaré, no lograré entrar, pereceré en la demanda ¡poco importa! No he de hacer huesos viejos convertido en lagarto de estas ruinas. . . ¿Quién quiere venir conmigo?

Todos quisieron.

SIN descansar más que pocos días en las tierras de su amigo Atog Puca, César llegó con relativa facilidad a la Cordillera y la transpuso denodadamente, siguiendo el camino trazado por los súbditos del gran señor que llamaban Inca. Los españoles hubieran podido, desde las alturas, lanzar una postrer mirada a la inmensidad por ellos descubierta y recorrida, prolongada hacia naciente hasta el Mar Dulce y el Atlántico, y que ninguno de ellos volvería a ver. Pero —dejándola inconscientemente a la posteridad— no tuvieron tan lírica idea, espoleados por la más humana de salir cuanto antes de aquellas desnudas e inhospitalarias regiones.

César, informado, sin duda, de que hacia el norte, en los reinos de ese Inca famoso, había ya cristianos que dominaban el país, y resuelto a

entrar en tierras donde fuera el único amo, encaminóse al sur, y, después de muchas jornadas, vino a subir —dice Ruy Díaz de Guzmán— “una cordillera altísima y áspera, de la cual, mirando el hemisferio, vió a una parte el mar del norte y a la otra el del sur; aunque a esto no me he podido persuadir, por la distancia que hay del un mar al otro... Entiendo que fué engañado de unos grandes lagos que... mirando desde lo alto, le parecieron eran el mismo mar”. Y después de añadir que el gran César se encaminó y llegó luego al Cuzco, agrega, como final: “De forma que con este suceso atravesó toda esta tierra, éste César, de cuyo nombre llaman a esta tierra la Conquista de los Césares”.

El episodio rioplatense de que nuestro capitán fué protagonista y héroe, termina en la cumbre de la Cordillera. Pero, movidos, no sólo de simpatía, sino también de amistosa curiosidad, vamos a seguirlo en sus andanzas, si quiera sea a grandes pasos, hasta su muerte, acaecida el año 1538, en plena acción, y cuando, ya por segunda vez, iba a echar mano de los tesoros, al fin tangibles, de los indios. Murió César —perdónese que, sin ahorrar una pena a las lectoras, adelantemos sucesos ocurridos hace ya tantos siglos— en Cori, a orillas del Cauca, después de sobreponerse durante muchos días a los accesos

de una fiebre perniciosa, para atender a sus soldados, enfermos como él. Y fué llorado de verdad, aunque no le amaron solamente sus compañeros de Sancti Spiritus, sino cuantos soñaron, padecieron, lucharon y triunfaron bajo sus órdenes. La muerte le sorprendió, joven aun, mientras, como teniente general, guiaba, o más bien dirigía, al visitador Vadillo en la gran expedición con que éste intentaba apoderarse del valle del Cauca y sus riquezas, ya descubiertas por César mismo.

No se sabe cómo, aunque sea fácil suponerlo, el capitán se embarcó, después de su primera gran proeza, en las costas del Mar del Sur, y fué a dar a Puerto Rico, donde se incorporó a don Pedro de Heredia, que, con una pequeña escuadra y como gobernador de Nueva Andalucía, se encaminaba a estas regiones. No faltan historiadores prolijos que, bien documentados o no, pongan en duda el paso de la Cordillera, afirmando que César llegó a orillas del Paraná a tiempo de embarcarse con Caboto, lo que explicaría elegantemente su presencia en Puerto Rico a la llegada de Heredia; pero, para tan bien plantada figura de conquistador, el novelista tiene que preferir la hazaña romancesca de haber atravesado el continente del uno al otro mar, hazaña que los cronistas le atribuyen y que no estaba, ni con mucho, por arriba de sus bríos y su arrojo.

Sea ello lo que fuere, el capitán Francisco Cé-

sar acompañó a Heredia como su teniente general en la conquista y fundación de Cartagena, haciéndose tan famoso y tan querido por su liberalidad, bellas prendas y valor, que su jefe llegó a cobrarle celos. Reunía César cuantas virtudes deben, según el célebre capitán Vargas Machuca, poco posterior a él, componer al caudillo español en Indias —salvo la de rico,— pues era “buen cristiano, noble (en los hechos sino en los pergaminos), liberal, de buena edad, fuerte, diligente, prudente, afable, determinado”, y tenía las calidades menores de “dichoso, secreto, cauteloso, ingenioso y honesto”. Pero Heredia le quitó inicua-mente el mando, y aunque sus gentes quisieron imponerlo y lo hubieran hecho, él no lo consintió, sino que, por el contrario, las obligó al acatamiento y la obediencia. Heredia, naturalmente, necesitó muy pronto de él, y nuestro capitán rehabilitado, siguió prestándole señalados servicios, hasta que los celos y la ingratitud volvieron a sobreponerse, recompensando tanta lealtad y méritos tantos con el despojo y las cadenas. Con el auxilio de sus hombres, que nunca perdonaron a Heredia, César huyó a Panamá, se unió con Gutiérrez, continuó su vida de trabajos y de combates, hasta que, vencido y preso Gutiérrez por Heredia, el capitán volvió indultado a Cartagena, donde la tropa le rodeó y aclamó de nuevo como a su caudillo nato. Y aquí es donde encuentra su sitio la aventura con

que ha de cerrarse este relato, y en la que, a no ser por su tierna edad, hubiera tomado parte como voluntario el gran cronista Cieza de León, que la cuenta en su "Crónica del Perú", encareciendo la protección divina de que gozó evidentemente César, cuyos escasos hombres cercados por "veinte mil indios... mataron e hirieron a muchos sin faltar ninguno de ellos". Pero vamos al cuento.

Pocos o ninguno de los compañeros de Caboto quedaban ya con Francisco César, llevados y traídos de la fortuna, cuando, en 1536, emprendió éste nueva expedición saliendo de Cartagena y metiéndose peñas arriba por las montañas de Abibe. Ciento, más o menos, eran los voluntarios que le seguían. La quimera del Rey Blanco no se había desvanecido, pero sí transformado: en aquellas regiones se alzaba una ciudad portentosa, bajo la advocación de Dabaibe, de cuya existencia hablaban los naturales; y esa ciudad, henchida de riquezas inauditas, debía de encontrarse, según ellos, en lo más fragoso de la montaña.

La planta de los españoles no había pisado hasta allí las quebradas de Abibe. Los caminos o senderos, casi exclusivamente trazados por la naturaleza, eran agrios y peligrosos, y se perdían entre tupidas arboledas o bajo la maleza en que se enredaban las bestias y los hombres. Así tuvieron que vencer mil obstáculos antes de llegar a lo más alto de la sierra, para encontrarse con que, si ar-

dua había sido la subida, más lo iba a ser la bajada, especialmente para las cabalgaduras que, no encontrando sitio donde asentar el casco, podían desbarrancarse y descalabrarse a cada momento.

César mantuvo el ánimo de la gente, más que con la palabra, con el ejemplo, tomando ingeniosas disposiciones para allanar el camino; pero cada paso que adelantaban costábales muchas veces horas cuando no días enteros de fatiga, desmontando el terreno, haciendo palizadas y terraplenes en las estrechísimas laderas para salvar los caballos, convirtiéndose de simples soldados en ingenieros y zapadores, porque los indios cargueros eran de muy poco auxilio en tales faenas. Cieza de León, a quien seguimos fielmente en este capítulo, cuenta de otro viaje análogo —dirigido también por César, aunque el jefe aparente fuera el visitador Vardillo,— lo que hubo de hacer nuestro capitán para transponer aquellos riscos: “Se hizo con grandes
“ horcones y palancas grandes y mucha tierra, una
“ como pared que pudiesen pasar los caballos sin
“ peligro; y aunque fué provechoso, no dejaron de
“ despeñarse muchos caballos, y aun españoles se
“ quedaron algunos muertos; y otros estaban tan
“ enfermos que, por no caminar con tanto trabajo,
“ se quedaban en las montañas esperando la muerte con gran miseria, escondidos por la espesura,
“ porque no los llevasen los que iban sanos, si los
“ vieran. Caballos vivos se quedaron también, al-

“gunos que no pudieron pasar por ir flacos. Mu-
chos indios se huyeron y otros se murieron”.

A tanta miseria venía a añadirse la del hambre, porque los caballos no encontraban una mata de hierba para ramonear y tenían que remediarse con las pencas, y los hombres, por su parte, acallaban el grito de su estómago con el cogollo de la misma planta, amargo más que la hiel y el acibar. Entretanto, la lluvia implacable los calaba hasta los huesos, aun después de haber cesado, porque los árboles la detenían en el follaje y seguían dejándola caer interminablemente. No hubieran podido hacer siquiera lumbre para secarse, calentarse y cocer las pocas raíces que encontraban, sin un arbusto verde y resinoso que en aquellas montañas crece, y que arde hasta consumirse, a despecho de la humedad.

No encontraban poblado alguno en el trayecto, aunque en lo más intrincado de esas sierras habitasen grupos numerosos de indios que habían formado aldeas y aun pueblos en valles amenos y feraces, junto a ríos que bajaban hacia poniente, arrastrando arenas de oro. Estos naturales, que iban armados de lanzas de palma, dardos y macanas, tenían mucho bastimento, así como gran cantidad de joyas de oro y plata y mantas de lana y algodón. De condición menos feroz, estos indios no envenenaban las puntas de sus flechas, como los de Urabá, con infernales cocimientos de

hierbas, raíces y alimañas ponzoñosas, pero eran, sin embargo, muy dados a la acechanza y la traición. Por lo demás, mostrábanse hábiles e inventivos, no sólo en cuanto a hilar, tejer y teñir el algodón y la lana de sus grandes ovejas, y a fundir, batir y labrar los metales, sino también en cuanto a construir casas de piedra y madera y puentes sobre los ríos, valiéndose para éstos de largos bejucos que crecen enredados en los troncos y que son tan recios como cuerdas de cáñamo. Con ellos hacen gruesas maromas que atan a los árboles de la ribera y, tendiéndolas de la una a la otra parte del río, completan luego el puente con cuerdas más delgadas, manteniéndolas tendidas por medio de fuertes barrotes de madera. El puente se balancea y cimbra como una hamaca sobre el abismo, lo que no impide que los indios, y aun las indias cargadas con sus críos, los atraviesen con toda tranquilidad.

Estos indios, que los españoles no encontraron hasta pasado lo más fragoso de la montaña, eran vasallos de un cacique grande y poderoso, que tenía muchas mujeres y que solía pasearse tan regaladamente por esos valles conducido en unas andas engastonadas de oro, que llevaban en hombros los principales de su pueblo.

César triunfó, al fin de tanto obstáculo, no sin dejar en el camino gran parte de su gente —ya no alcanzaban a cuarenta— y casi todos sus caballos —que eran sólo trece,— y pasadas las mon-

tañas, entró en un hermosísimo valle, muy cultivado, y donde había muchas y muy grandes casas de madera y de piedra, techadas curiosamente con una paja larga que abunda en la región.

VII

SI no era aquello un paraíso, poco le faltaba, pues al ameno valle, rodeado de sierras agrias y encumbradas, alfombrado de vastos cultivos de maíz de yuca, de mandioca y de otros vegetales alimenticios, corrían de las alturas muchos y muy hermosos ríos cuyas márgenes sombreaban altas y esbeltas palmas y árboles y arbustos tan exquisitos como la piña, el guayabo, el aguacate...

Al ver desde lejos a los cristianos, varios indios salieron de las casas como en descubierta y se fueron acercando con visibles muestras de recelo; pero César se adelantó a su encuentro, desarmado y sólo con un intérprete, para infundirles confianza, logrando entablar relaciones en apariencia muy amistosas. Supo así que ese valle privilegiado se llamaba Cauca, como el mayor de sus ríos, que era

dominio de Nutibara, hijo de Anunaibe, a quien los montañeses del Abibe y los vallistas proveían de puercos, aves, pescado, maíz, cazabe y cuanto producía la tierra, completando el pago de su crecido tributo con mantas y joyas de oro. Nutibara era muy grande y poderoso, y cuando iba a la guerra le acompañaban innumerables guerreros; muy temible, también, delante de su puerta, lo mismo que frente a la casa de sus capitanes, se alzaban sobre picas, como gloriosos trofeos, las cabezas de sus enemigos más valientes, cuyas carnes habían comido, para acrecentar con las de ellos sus propias virtudes. Pensaban, quizá, desanimar con estas espantables noticias a César, que no se desalentaba por tan poco y que ya conocía ese uso, rito más que uso, por saberlo común a los charrúas y otros linajes de ultra Cordillera.

Con éstos y otros coloquios, y en son de paz, César había logrado ir acercándose a las habitaciones, y ya se hallaba en medio de ellas. Los españoles, diestros en adivinar y secundar los movimientos estratégicos de su capitán, le habían seguido disimuladamente en grupos aislados, fingiéndose entretenidos en examinar los cultivos, de manera que, no bien llegó César a lo que podría llamarse el centro del pueblo, se vió rodeado de los suyos. Esto, que no era parte a sorprenderlo, sorprendió y alarmó, en cambio, a los naturales que, solapadamente, sin dejar de mostrarse de paz, co-

menzaron a cuchichear y concertarse entre sí. Eran ya numerosos, como que a los primeros habían ido agregándose cuantos en el pueblo estaban, pero su número no tardó en decrecer visiblemente, porque muchos se fueron apartando y una vez fuera del alcance de las miradas, echaron a correr en distintas direcciones, evidentemente a dar el alarma.

No dejó César de verlo o adivinarlo; recomendó so capa a los suyos que estuvieran alerta y siguió platicando sin exteriorizar el menor recelo, con los indios que le atendían y guiaban, y que debían de ser los principales del pueblo. Condujéronle éstos, después de otras estaciones, a una gran casa construida de piedra y madera y techada de paja como las demás, pero que, por lo espaciosa, había de ser el templo donde se rendía culto al Diablo, bajo el nombre de alguno de los falsos dioses adorados en el país. El interior de la casa, acribillada de ventanas, era muy desnudo y sencillo, pero de sus paredes pendían, como ex-votos o como ídolos y amuletos, muchas figurillas grotescas, y mitras, y planchas grabadas de oro puro. La puerta del templo daba a oriente, y por ella debía entrar el sol desde el amanecer, iluminando con sus primeros rayos la parte frontera, donde se levantaba una especie de altar.

Fingiendo indiferencia y como apresurado porque ya caía la tarde, César salió del templo, pidió que se le dieran víveres a cambio de rescate, ofre-

ciendo algunos objetos de hierro, que todos los indios codiciaban mucho, y en cuanto se avitualló, retiróse a un alto que muy cerca de las casas había, donde rancheó su gente al abrigo de sorpresas.

Entre tanto, por sí mismo y por medio de sus hombres más avisados, interrogando hábilmente a los indios curiosos que vagaban por el real y son-sacándolos con dádivas, el capitán siguió informándose acerca del país y supo cuanto quería saber, pese a la ingénita desconfianza y a la discreción de los naturales, que no contestaban nada a derechas. Y a la mañana siguiente, seguro ya de la presa más rica, y dejando para más tarde las sepulturas o huacas llenas de oro, cuyos redondeados montículos se alzaban aquí y allí, lanzóse al templo con sus hombres, hizo excavar el suelo y descubrió, mirando hacia donde nace el sol, la boca de un subterráneo o bóveda muy bien labrada. Bajó César a examinar lo que allí dentro había y, con indecible júbilo, vió depositados muchos cántaros y ollas de barro llenos de preseas del oro más puro, como que en su mayoría eran de veinte y de veintiún quilates. Mandó que al punto sus hombres sacaran toda aquella riqueza, y la liaran en lo que más a mano les viniese, ropas o mantas, para poder transportarlo fácilmente; y una vez retirado cuanto había en la cueva, hasta los menos entusiastas estimaron que su valor subía a más de cuarenta mil ducados. Aunque gran fortuna, aque-

llo no era sino principio de otra mayor, puesto que en el valle había muchos templos y entierros brindándose a César y sus soldados...

Como bien lo preveía el capitán, los indios del pueblo se mostraron tan afligidos como indignados por lo que, más que despojo, consideraban sacrilega profanación, pero no hicieron el menor esfuerzo material para impedirlo: esperaban el momento oportuno, que no había de tardar, porque desde la noche anterior sonaban hasta muy lejos los atambores de palo, como llamando a las armas, y desde que amaneció alzábanse humos de todas las colinas, en señal de invasión y guerra. No olvidaba, tampoco, el precepto de que "el caudillo" que cayere en una emboscada inadvertidamente, "merece gran culpa y aun pena", y para no incurrir en tamaña falta, había mandado de antemano que nadie abandonara sus armas y que los arcabuces se mantuvieran listos, con las cuerdas en las serpentinas. Dos hombres montaban la guardia en el exterior del templo, observando cuanto pasaba en los contornos...

Pero con tanta astucia había ido acercándose el enemigo, disimulado tras de las casas, los bosques, los sembrados, los matorrales y demás accidentes del terreno, que cuando los centinelas lo advirtieron ya estaba casi encima, y en número tan prodigioso que no bajaría de veinte mil hombres. Los indios, apenas se sintieron descubiertos,

lanzáronse al asalto con gran tropel y mayor ruido, seguros de acabar en un instante con aquel puñado de españoles que no podrían luchar contra quinientos. . .

A la primera alerta ya estaban a caballo los trece jinetes, con el capitán a la cabeza, los arcabuceros se apostaban en sitios bien alrigados, elegidos de antemano, para hacer fuego a mansalva, y los rodeleros se alineaban prontos a rechazar cualquier ataque y a secundar a la caballería. Las cargas de los caballos, los disparos certeros de los arcabuces hicieron estragos y acabaron por sembrar el pánico entre los indios, que huyeron. El campo quedó por los cristianos, después de largo combate en que los "españoles —escribe Ceiza de León,— aunque eran tan pocos y venían desbaratados y flacos, pues no comían sino raíces, y los caballos desherrados, los favoreció Dios de tal manera que mataron e hirieron a muchos, sin faltar ninguno de ellos. Y César se mostró ciertamente digno de tener tal nombre".

No se ensoberbeció ni cegó nuestro gran capitán con tan sorprendente victoria; antes bien, dejando sesudamente para una entrada que haría con mayor acopio de soldados, el registro y despojo de los demás templos y huacas del valle, mandó emprender la retirada en buen orden, disponiendo parte de los jinetes con arcabuceros y rodeleros a vanguardia, los indios cargueros con el

botín en el centro, y el resto de los jinetes y peones a retaguardia. El mismo César, con dos sobresalientes, rodadero el uno y arcabucero el otro, cerraba la marcha, por si picare el enemigo, a quien pocas ganas de pelear le quedarían.

Y en sólo diez y ocho días, según más arriba se ha visto, César y los suyos llegaron cuasi milagrosamente a Urabá, dispuestos a reiterar sus hazañas en cuanto hubiere ocasión.

Por lo que respecta a los despojados indios del valle del Cauca, parecé ser que cierto día que se hallaban reunidos los principales para sus ceremonias y sacrificios infernales, se les apareció el Diablo en persona bajo la figura de un fierísimo tigre, y les reveló que los españoles habían de volver presto, en mayor número, para ocupar y señorear la tierra.

—Aunque sois tan mansos y pacíficos cuanto ellos despacibles y sanguinarios —diz que les aconsejó,— aparejad vuestras armas para resistir en lo posible. Pero como lo que más codician es el oro, poned a buen recaudo el que está en los templos y en las huacas, pues en viéndolo creerán que hay más, y no os dejarán con vida ni aun cuando ya de veras no le haya. Son hidrópicos que no saciarán nunca su sed, y yo mismo he infundido esa sed en ellos y sus hijos, durante largas generaciones.

Probablemente no será éste, palabra por palabra, el discurso del Diablo, pero el hecho es que

los habitantes del valle se preocuparon de ocultar su oro, como puede leerse en el capítulo XI de "La Crónica del Perú", ingenua y encantadoramente escrita por Pedro Cieza de León.

Ahora bien, si no encontró a su Rey Blanco, el animoso capitán Francisco César vió en mucha parte realizados sus ensueños, y sólo murió cuando ya creía en su próxima y completa realización. Y morir soñando no es la peor de las muertes.

POR QUE NO FUE DESCUBIERTA
LA MARAVILLOSA CIUDAD
DE LOS CÉSARES

*Relación fielmente trasladada
del texto auténtico del capitán
D. Ignacio Pinuer.*

Este papel contiene todas las noticias que de la Ciudad de los Césares he adquirido a costa de más de treinta años de incesantes trabajos, y no se aparta un punto de la más absoluta verdad —lo que juro en el santo nombre de Dios Nuestro Señor, y lo firmo de mi mano en esta ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Ayres y provincia del Río de la Plata, a los veinte días del mes de septiembre de 1774.— Ignacio Pinuer, capitán graduado y lengua general de la plaza y ciudad de Valdivia.

EN QUE, TRAS LARGO CIRCUNLOQUIO,
EL CAPITAN IGNACIO PINUER PARECE
ENTRAR EN MATERIA

Y O, señor, vine a América mancebo y senté plaza en la milicia del reino de Chile. Venía, como todos mis compañeros, en busca de mejor fortuna, seguro de alcanzarla en breve plazo, tales eran las maravillas que de estas tierras se contaban. Pero, aunque hayan tenido épocas de bienandanzas, y aunque esté en mi mano, por decirlo así, el hacerme inmensamente rico y poderoso, una serie de aciagas circunstancias y la mala voluntad de ciertos envidiosos harto encumbrados para sus merecimientos, me tienen aquí, lejos de mi natural campo de acción, pobre, desamparado y sin los medios materiales de que he menester para dar cima y remate a la fácil empresa que de cuantos me ayuden hará grandes y opulentos señores.

No es, señor, lo que voy a contar inventada y ridícula conseja, si no bastara el solemne juramento de decir verdad, a probar ésta vendrán a su hora documentos y testimonios irrefutables...

Pero a los hechos me atengo, señor, que no a simples afirmaciones preliminares, pues en los hechos y no en las palabras está la entraña del asunto.

Mancebo y al servicio de S. M. — como digo, — desde que pisé tierras de Chile tuve, naturalmente, tratos con los naturales, tanto en la ciudad de Valdivia, donde estaba, cuanto en muchas leguas a la redonda, pues mis jefes, reconociendo mi natural despierto y mi lealtad acrisolada me confiaban a menudo difíciles comisiones.

Esta actividad de soldado y la de comerciar con los indios — cosa que la clase de mi servicio no me vedaba, — me permitió, en poco tiempo, conocer perfectamente la tierra, sus caminos, sus sendas extraviadas, informarme de los productos y las riquezas que poseía, y aprender muy a fondo la lengua de los naturales, con las modificaciones que en cada comarca sufría. Este conocimiento, inapreciable para conquistar el aprecio de los indios, como bien lo saben los santos sacerdotes venidos a catequizarlos e incorporarlos al gremio de nuestra madre Iglesia, así como mis buenas maneras y los muchos servicios que gustoso les prestaba, me captaron la amistad de hombres por lo general tan

suspicaces y aviesos, haciendo que poco a poco depositaran en mí toda su confianza. No lo digo, señor, por vanagloria, pues no tengo el feo vicio de la vanidad, sino para que se vea cómo he llegado a saber lo que hoy sé, y cómo nadie puede tener, como yo, datos amplios y seguros sobre la Gran Noticia.

Es notorio que desde mucho tiempo atrás, y tanto en España como en Indias, se hablaba con entusiasmo de la Ciudad de los Césares, maravilla por todos buscada y por nadie encontrada todavía. Y es natural que, apenas llegado, los ancianos de Valdivia me refirieran cosas prodigiosas relativas a dicha ciudad: eran como para despertar el deseo en los corazones más fríos, no digo en el mío lleno de ardor y de ambición.

Pero, pese a mi mocedad inexperta, antes de poner mano a la obra, me propuse descartar lo imaginario de lo verdadero, la leyenda de la realidad — porque también había entonces, como los hay ahora, espíritus cavilosos a lo Santo Tomás, que quieren tocar antes de creer, y que, sin fundamento alguno trataban de patraña la existencia de la Ciudad de los Césares. Confieso humildemente, que, al principio fui uno de ellos... Por fortuna, mi posición y mi juventud me permitieron ocuparme activamente de la averiguación de la verdad, y hoy no me arrepiento de haberle dedicado lo mejor de mi vida.

Muchos de los amigos que hice entre los caciques, capitanejos e indios principales de diferentes Naciones, mejor dicho todos los que la muerte no se ha llevado de diez años acá, están todavía dispuestos a servirme y ayudarme, como entonces me sirvieron y ayudaron en mis propósitos, revelándome el secreto que con mayor celo y temor guardaban en el fondo de sus corazones.

Si cualquiera, ya sea el hidalgo más empingotado, el más respetable sacerdote, el virrey mismo, ya sea el más humilde de los soldados o de los paisanos venidos a estas tierras, les pregunta qué es, dónde está, cómo puede verse la Ciudad de los Césares, contestarán que nada saben y que, por lo tanto, nada pueden decir. Pero si se les pregunta quién es y lo que vale el capitán Ignacio Pinuer, lengua general de Valdivia y comisario de Naciones, declararán que es un hombre tan veraz como ellos, y un amigo con quien se puede contar en toda coyuntura. Así, negando por un lado afirman por el otro, puesto que atestiguan indirectamente cuanto yo diga, al proclamarme hombre incapaz de mentir o de exagerar siquiera.

Pero, como se verá, están en la necesidad de callar, aunque no lo quisieran, por lo mucho que les va en ello.

Mas dejemos esto por ahora y pasemos a recordar muy someramente mis investigaciones y descubrimientos.

II

EN QUE EL CAPITAN PINUER SONSACA LA VERDAD AL CACIQUE MARIMON

EN compañía de otros españoles, de quienes desgraciadamente habré de hablar más tarde, sin rencor pero con la severidad que merecen, salí una tarde a caballo de la ciudad de Valdivia y me dirigí al to!do del cacique Marimón, que vivía con su salvaje familia en los alrededores.

Como es costumbre entre los indios, comencé a hablarle de cosas insignificantes y bien lejanas del asunto que traía entre manos. Mis compañeros, ajenos a mi propósito, se mezclaban como podían en la conversación, porque no estaban versados en la lengua de los naturales — que medio aprendie-

ron después — y sólo sabían unas cuantas palabras.

Preguntónos Marimón si no habíamos oído el canto del ñauco o peuco, ese pajarraco rapaz que conoce el porvenir, cuya risa de feliz augurio le había parecido escuchar momentos antes de que llegáramos. Porque sabido es, señor, que si la voz del ñauco simula el llanto de un niño, es presagio funestísimo, pero si imita la risa es, por el contrario, signo de bienandanza.

Contestáronle mis camaradas que nada habían oído, pero yo le saqué al campo, para que nadie pudiera saber lo que hablábamos, y le dije:

—Yo he oído al ñauco, y reía, y su risa me promete que saldré con bien de cierta empresa que me propongo. Es un grave secreto, pero a ti te lo revelaré, porque eres mi amigo y hombre reservado y machucho. Antes quiero, sin embargo, que me prometas no hablar de ello en presencia de ninguno de mis compañeros; es gente poco práctica en los ritos de la tierra, capaz de salir hablando y alborotando, lo que nos acarrearía gravísimo perjuicio.

Con este ardid conseguí interesarlo desde el primer momento, pues se sintió orgulloso de que yo lo considerara de más peso que los mismos cristianos mis amigos. Y, desarrollando mi plan, para sacarlo de mentira a verdad, comencé a hacerle relación de lo que pretendía saber por los

indios pampas, quienes —le dije,— lo habían contado a los españoles de Buenos Aires, en venganza de que los Césares les hubiesen matado muchos hombres de lanza en una guerra.

Me lo creyó y así logré sonsacarle lo que él sabía.

—Tú no has de haber visto nunca la Ciudad de los Césares, —le dije sonriéndome con cierto airecillo de zumba.

—Visto, lo que se llama visto, no —me contestó herido en su amor propio— pero muchas veces la he divisado desde el Cerro de los Cochinos.

—¡Vaya, vaya! —exclamé— ¡el cerro ése se te habrá aparecido en sueños!

—He subido a él desde que era niño, y ya soy viejo —replicó—. Está cerca de la laguna de Ranco, donde mi padre, que era un gran cacique y un fuerte guerrero, tenía sus toldos.

—Eso que cuentas no prueba nada, y cualquiera podría contar lo mismo por haberlo oído.—¡Vamos! ¡a qué no sabes quiénes habitan la ciudad!

—¡No he de saberlo! Pues los españoles que escaparon de Osorno cuando su destrucción, y que eran muchos y muy valientes. Mi padre lo oyó de su padre, que lo sabía por el suyo y por sus abuelos, porque eso pasó hace mucho, mucho, mucho tiempo.

—¿Cómo fué esa destrucción de Osorno que dices?—le pregunté.

Marimón me contó entonces la historia que se conserva en su familia de padres a hijos, y que relataré en seguida, completada con numerosos detalles que luego he conseguido sacar de otras fuentes fidedignas.

—Creo, le dije, que me has repetido lo que oíste con bastante exactitud, pero eso tampoco me prueba que hayas vislumbrado siquiera la ciudad y sus habitantes. Sólo han podido verla los grandes caciques, poderosos y sagaces.

Con esto acabó de soltársele la lengua, y me aseguró que la ciudad se levantaba en una isla en medio de la laguna de Rancho, que no se la veía desde la ribera, pero que en cambio se escuchaban claramente los estampidos de la artillería de los Césares, que la tienen poderosa. También juró que, acercándose una vez a orillas del agua, había visto a varios españoles-césares, armados de espada y lanza que parecían de metales preciosos.

Marimón, en suma, conocía pocos más detalles que yo, pero con esos pocos se hallaba facilitada la tarea futura de hacer hablar a indios mejor informados, hasta llegar poco a poco al descubrimiento de la verdad completa.

Pero antes de seguir quiero dejar consignada la verídica historia del abandono y destrucción de la ciudad de Osorno, tal como me la relató el cacique y la completaron otros recuerdos tradicionales.

III

EN QUE EL CAPITAN IGNACIO PINUER CUENTA LA DESTRUCCION DE OSORNO Y LA SUERTE DE SUS HABITANTES

NADIE ignora, señor, que hace ya muchos años, quizá siglos, hubo un alzamiento general de araucanos, indios indómitos y guerreros astutos, valientes y feroces. Habían maquinado la insurrección con el mayor sigilo, y sorprendieron a los nuestros, saqueando, incendiando y destruyendo las ciudades españolas de Angol, Valdivia, Infantes, Loyola, Imperial, Osorno y Villa Rica. El viajero curioso puede ver todavía, en medio de un bosque espeso que las invade y borra cada día más, las viejas ruínas de esta última; encontrará algunos lienzos de pared

de los tres molinos harineros, los frutales traídos de España de algunas huertas, rastros de acequias de regadío, y entre los árboles y los bejucos todavía advertirá el trazado de las calles que limitaban, en forma de damero, sus cien espaciosas manzanas... De Osorno, quizá más importante que Villa Rica, no ha quedado sino un montón de escombros, cubierto ya por la vegetación, y de casi todas las demás ciudades no salió un hombre con vida...

El general García Hurtado de Mendoza, que tenía a sus órdenes a todas las milicias españolas de Chile, había fundado a Osorno, que no era, como dicen pretendidos sabios, un simple recinto de adobe, cintura de un puñado de cabañas de tierra apisonada y techo de paja, pues eso y no otra cosa —según ellos,— eran todas las ciudades planteadas por los conquistadores. Osorno era ya una de las principales del reino, y debía ser mucha su importancia, pues de otro modo sus habitantes no hubieran podido hacer lo que realizaron luego.

Cuando el alzamiento, los indios habían trazado atacar a todas las ciudades la misma noche, de manera que la una no pudiese acudir en socorro de la otra, seguros de vencer a los nuestros en detalle. Y, en la fecha convenida, pusieron el plan por obra.

Como una nube cayeron sobre la descuidada

Osorno, cuyos vecinos dormían tranquilamente, muy ajenos a la catástrofe que los amenazaba; pero el escucha que estaba de posta en un rebelín, dió el alerta y todos corrieron a las armas con rapidez y denuedo, como cuadraba en aquel tiempo de continua guerra. Aunque los araucanos fuesen innumerables, resueltos y feroces, la altura de las murallas dió tiempo de parar el ataque a los defensores de Osorno, y la superioridad de sus armas, arcabuces y ballestas, les permitió hacer estragos en las filas de los sitiadores, cuyas bolas perdidas y cuyas flechas de corto alcance, no lo graban eficacia alguna contra ellos.

Revolvéronse en su propia sangre centenares de indios, pero eran tantos que, como en apeñuscado hormiguero, apenas si se notaban las bajas. Y no cejaron, aunque al fin adoptaron una táctica más prudente, renunciando por el momento a tomar por asalto la ciudad. Puesto el grueso de sus fuerzas fuera de tiro, pero formando espeso y viviente cerco alrededor de Osorno, varias partidas se destacaron a las dehesas vecinas, se apoderaron de todo el ganado que pudieron haber, y así provistos de abundantes municiones de boca, que faltarían en cambio a los que dentro de la plaza estaban, dispusiéronse a eternizar el sitio si ello era necesario para apoderarse al fin de la ciudad. Su natural indómito y feroz no les permitió, sin embargo, aprovechar las ventajas de su posición para

economizar sus hombres, impulsándolos repetidas veces, y en reducidos intervalos, a renovar sus impacientes e inútiles tentativas de sorpresa.

Seis y más meses pasaron en estas alternativas de inacción y de ataques sin que los araucanos lograran tomar la plaza ni hacer flaquear a sus defensores.

Estos, entretanto, sufrían lo indecible, y su resistencia era realmente heroica, porque a la ruda guerra, al sobresalto continuo habían venido a añadir los tormentos del hambre. Los nuestros, en efecto, no podían salir del recinto para proveerse de los viveres necesarios, porque si bien eran lo bastante fuertes para resistir al amparo de sus murallas, no lo eran, ni con mucho, para medirse en campo raso con aquella nube numerosa y aguerrida, que, para mayor confusión, recibía el refuerzo de los indios combatientes disponibles a raíz de la destrucción de las otras ciudades. A poco andar el hambre se hizo calamitosa, y este azote llegó a ser tan cruel que, por no rendirse ni perecer, los nuestros se vieron en la horrenda necesidad de comer carne humana, como ocurrió a los soldados de D. Pedro de Mendoza cuando la primera fundación de la ciudad de la Santísima Trinidad, donde esto escribo.

Con los nuevos refuerzos y los que les llegaron una vez arrasada Valdivia, los araucanos, que consideraban ya a los nuestros sin fuerzas físicas

ni alientos morales y en la incapacidad de seguir resistiendo, resolvieron llevar a la ciudad el más recio y decisivo ataque, y, efectivamente, la embistieron con tanta fiereza que fué asombro.

Pero Dios, Nuestro Señor, que no abandona a sus fieles, se puso de parte de los españoles, sosteniendo y acrecentando, si es posible, su indomable valor, e infundiendo en las mismas flacas mujeres un espíritu guerrero que las inflamó, convirtíendolas en leonas. Muerto rodó cuanto indio fué lo bastante osado para escalar los muros, de muertos quedó el tendal doquier alcanzaban nuestros proyectiles, y el enemigo tuvo al fin que apartarse, ensanchando el cerco, así como una manada de lobos husmeando la presa capaz de defenderse todavía...

En mitad de la noche algunos de los sitiados salieron sigilosamente con el fin de recoger los cadáveres tendidos al pie del muro; lo mismo continuaron haciendo cada vez que hubo combate... y los sitiadores se admiraban de que aquellos valientes, que debía devorar el hambre, fueran aún capaces de empuñar las armas... ¡Que la Santa Madre de Dios nos libre de tantas penalidades y de semejante alimento!...

Y viendo los españoles que los salvajes no sólo pensaban mantener el cerco, sino que sus hordas aumentaban cada día, determinaron abandonar la ciudad y refugiarse, pocas leguas hacia el Sur, en

cierta isla fortificada por la naturaleza, donde varios vecinos ricos tenían sus dehesas y sus sembrados.

Dicho y hecho: cargaron con lo más preciso y con lo más precioso, y una noche, aprovechando el sueño de los indios, salieron silenciosamente de Osorno. Habían colocado en medio a las mujeres, los niños y los ancianos incapaces de valerse, y se pusieron en marcha cubriendo la vanguardia, la retaguardia y los flancos, dispuestos a defenderlos hasta el último trance y a morir matando.

Los indios, que no tardaron en sentirlos, corrieron a cerrarles el paso y la lucha encarnizada comenzó en medio de las sombras de la noche. Los españoles sólo pudieron avanzar penosamente, deteniéndose casi a cada paso para rechazar al enemigo que los hostigaba de demasiado cerca, pero tal era su desesperada fiereza que nunca perdieron pie y sin sufrir daño de cuantía pudieron llegar a la isla en cuestión no muy avanzada la mañana.

Sin adelantarme sobre lo que he de exponer algo más lejos, debo decir aquí que esa —impropiamente llamada— isla, tiene unas treinta leguas de largo sobre seis a ocho de ancho y que está en medio de una inmensa laguna formada por las aguas que bajan de las faldas del volcán de Osorno y del volcán de Guancqué. La laguna se extiende al pie de la cordillera, sólo dista siete u ocho leguas del volcán de Osorno, de ella nace el río

Bueno, es muy profunda, rica en peces y tan grande que los indios no dan noticia de su término, y la llaman "mar". No es propiamente una isla, porque el agua no la rodea por todas las partes, sino que su natural defensa se completa, por el Norte, con un lodazal tan grande, profundo y peligroso que ni un perro podría atravesarlo, porque el cieno se lo sorbía. Sólo se logra llegar a esta península por una faja de tierra firme, como de media legua de ancho, que corre entre el tremedal y la laguna.

Mientras los indios, furiosos al verse burlados, saqueaban, incendiaban y arrasaban la triste y abandonada Osorno, los heroicos fugitivos apresuráronse a completar, con algunos trabajos en la faja de tierra firme, la fortificación natural de su improvisado refugio, y hecho esto se entregaron al bien ganado descanso y a reponer su flaqueza, lo que no les fué difícil hallándose como se hallaban en completa seguridad y teniendo a su disposición —según creo haberlo dicho ya— grano y ganado en abundancia.

Pero el araucano es vengativo y tenaz; sólo escarmienta cuando lo fulmina realmente el castigo.

Numerosos espías observaban continuamente el asilo de los españoles, esperando que un momento de descuido de éstos, daría a los suyos la ocasión de acabar con ellos y apoderarse de sus riquezas, que eran todavía cuantiosas, sobre todo contando

con las de la isla. Y, poco a poco, a esos indios aislados, fueron agregándose grupos de guerreros, engrosados cada día, con la visible intención de reabrir sus hostilidades.

Pero los nuestros no les dejaron hacer. Con el corto descanso y la abundancia de víveres se habían repuesto, recobrando los antiguos bríos, y fácil les fué, en una furiosa arremetida, dejar el campo materialmente alfombrado de cadáveres enemigos. Huyeron en desorden los que con vida quedaban, dejando abandonado el ingente botín hecho en Osorno y otras ciudades, y ya nunca intentaron atacar la isla, cuya riqueza y bienestar crecieron lo que no es decible desde entonces...

Y tal es, señor, la historia de Osorno y de sus habitantes.

IV

EN QUE EL GENEROSO CAPITAN REVELA LOS DERROTEROS PARA ALCANZAR LA CIUDAD DE LOS CESARES

PARA que se vea que no disimulo nada ni me esfuerzo con necia avidez por guardar exclusivamente para mí una conquista que, sin embargo, para mí está reservada, —porque nadie, como yo, conoce el terreno, ni cuenta con la amistad necesaria de tanto cacique,— voy a hacer públicos, sin tardanza, dos —que no uno solo— itinerarios para llegar a la Ciudad de los Césares. Cualquiera que los siga con exactitud alcanzará, a no dudarlo, aquel venero de riquezas y poderio, con saber —y nada más— burlar la celosa vigilancia de sus guardianes, o con vencer

—lo que ya es más difícil— la resistencia que han de oponerle sus aguerridos defensores.

Y al dar estos itinerarios doy lo mejor de mi mismo, lo que me ha costado media vida de trabajo tesonero y de astutas, minuciosas y continuas averiguaciones entre mis amigos los indios, en quienes, por amigos que fuesen, ni confiaba ni creía mientras no aseguraba mi religión cotizando los dichos de los unos con los informes de los otros...

Señalaré, primero, el camino más largo, por ser al propio tiempo el más fácil, como que presenta menos ríos que vadear o que atravesar a nado.

Es el camino que, desde Valdivia, seguimos los españoles marchando al río Bueno, se llama "de los Llanos" y se desarrolla a través de una montaña por espacio de catorce leguas.

Esta montaña arranca de un punto llamado Anquecilla, en el cual tenemos una pequeña guarnición permanente encargada de oponerse al primer empuje de los indios en caso de grandes invasiones, y de dar aviso a los fuertes próximos para que acudan tropas a desbaratarlas. La guarnición basta para rechazar a los pequeños grupos.

En Guequecilla acaba la montaña, y desde allí hasta el río Bueno ya no hay alturas de consideración, ni cuestas rudas y empinadas, ni ríos caudalosos sino simples arroyuelos de agua potable y fresca.

El río Bueno, que está exactamente a seis días de marcha de Anquecilla, es muy ancho y profundo, pero no tiene corriente, gracias a la igualdad del terreno, y el camino sigue, naturalmente, muy llano hasta las proximidades inmediatas del Cerro de los Cochinos, así llamado porque en sus valles y hondonadas abunda una especie de cerdo salvaje muy estimado de los indios que se deleitan con su carne apetitosa y que también cazan a menudo los españoles de la Ciudad de los Césares.

Al pie de este cerro de los Cochinos y hacia el lado de la ciudad, corren el Yoyelque y el Dau-luco, dos riachuelos fácilmente vadeables en cualquier época del año, y de allí a los Césares ya no median sino cuatro leguas de camino por un pedregal grande que corre siempre a lo largo de una laguna hasta llegar al primer foso de defensa de la ciudad.

Ya se ve, pues, que el acceso, no considerando otra cosa que el camino, invita a intentarlo.

Pero pasaré al segundo itinerario.

Este, o sea el camino de Guinchilca o Ranas, es más corto y recto, pero presenta como obstáculo el de muchos ríos y arroyos a saber, y partiendo de Valdivia, el Guanelque o Cuicuitelfú, el Colli-telfú, el Guinchilca, —que deben atravesarse cuatro veces cada uno, pero que son todos tres vadeables,— y por último el Bueno.

Desde Valdivia hasta Guinchilca hay como

veinte leguas de montaña, pero el camino bastante ancho y llano sólo presenta algunos malos pasos que no sería difícil componer, y lo más fragoso puede andarse por el lecho del río hasta un paradero de indio llamado Calle-Calle.

A lo largo de este camino se encuentran aún varias ruinas de fuertes o casas pequeñas que, según los indios eran "tambos", o refugios para los viajeros que de Valdivia iban a Osorno.

Más lejos se tropieza con una montaña baja de pocas leguas de extensión, y bastante transitable. En seguida se encuentra el río Bueno y a corta distancia se sigue el camino de los españoles marchando hacia el Sur, hasta el fuerte de Osorno. A cosa de una jornada al naciente está la ciudad, pero a corto trecho hacia el Sur se da con la gran laguna de Rauco, que sirve de fortaleza natural a los Césares.

El camino, por el que pueden transitar carretas, corre a orillas de la laguna, no tiene cuevas ni cerro alguno desde Guinchilca, es el que utilizaban antiguamente los vecinos de Osorno, y será, sin duda el que yo tome con las fuerzas a mi mando cuando emprenda la conquista, pues las dificultades que presenta se compensarán con creces con la poca tardanza y con los escasos encuentros de gente en esas soledades, cosas que nos ayudarán a sorprender al temible enemigo.

DE LAS AFORTUNADAS INDAGACIONES
QUE ENTRE LOS SALVAJES INDIOS
LOGRO HACER EL CAPITAN

DESPUES de mi visita al cacique Marimón continué de varias maneras mis investigaciones entre los indios, haciendo para ello largos y repetidos viajes. La una, que por un momento consideré eficaz, fué la de ofrecerles y darles gratificaciones, y de suministrarles chicha, en abundancia, para que se embriagaran hasta el punto de no retener más la lengua y revelar sus secretos más ocultos. Este sistema hubiera presentado sus peligros, porque así como hablaran conmigo así también podrían hablar con los demás, haciendo público lo que yo quería guardar tan

reservado. Pero los taimados indios recibían los regalos y callaban, y bebiendo chicha llegaban a estar borrachos como cubas, pero entonces no había medio de arrancarles una sola palabra. Son tan desconfiados y recelosos que, cuando cualquiera otro perdería completamente la brújula ellos siguen cuidando de su interés y recatándose del que pudiera acercárseles con segundas intenciones, tan bien o mejor que el español más sereno y prudente.

Otra manera, que me dió mucha satisfacción en infinidad de casos, fué la de captarme la amistad de los indios haciendo como que me ceñía a sus usos y costumbres por encontrarlas admirables, prestándoles pequeños servicios, dándoles consejos ajustados a lo que ellos mismos pensaban —que a ser otros no los apreciarían— y presentándome, en fin, en toda ocasión igual a ellos, tan indio como el que más. Y cuando había ganado su confianza, nunca les preguntaba derechamente lo que quería saber, sino que empezaba fingiendo hallarme muy bien informado y hacerlos confidentes míos — no yo de ellos,— y contándoles la historia que aprobaban o corregían, con lo que yo aumentaba fácilmente mi caudal de conocimientos.

También solía usar de otra argucia que supo darme buenos resultados, y era la de decirles:

—Los indios que callan la existencia de la Ciudad de los Césares y cierran el camino para llegar a ella se conducen como verdaderos ladrones.

Vosotros no querréis seguir siendo sus cómplices. Esos indios traidores, al tener ocultos y rodeados a los españoles rebeldes de la ciudad, privan a su rey natural de un gran dominio, y lo hacen sin ventaja alguna para ellos, porque esos españoles rebeldes son, mucho más que nosotros, enemigos de los indios, y si hoy no lo demuestran es porque no les conviene... Ya veríais lo que harían si fuesen más fuertes, si las tropas del rey no apoyaran y defendieran a los naturales: no quedaría uno ni para remedio!... ¡Vaya! no seáis ciegos y ayudadnos, que en ello tendréis el mayor de los beneficios.

Pero, por lo general, no mostraba mis deseos de saber, sino que les hablaba como por mero pasatiempo, como quien cuenta viejas historias, insistiendo en la treta de decirles que lo sabía todo gracias a la indiscreción de los indios pampas del otro lado de la cordillera, que deseaban vengarse de los Césares. Y, para acabar de infundirles confianza, les decía:

—A vosotros os conviene callar, como lo hicieron vuestros antepasados, que eran hombres de ciencia y de experiencia y que sabían cuánto importa a la propia seguridad el no divulgar la noticia.

Así me manejé, así les hablé, así logré ser su amigo, así llegué a saber cuanto se refiere a la

Ciudad de los Césares, y que nadie, ni indio ni cristiano, sabe hoy tan a lo hondo como yo.

¡Pero cuánta brega durante largos años!

Sin embargo, desde un principio pude abrigar muchas esperanzas, porque el camino se presentaba más fácil de lo que era en realidad. Por ejemplo, casi inmediatamente después de mi visita al cacique Marimón, dos indios que viven cerca de la laguna de Ranco y, por consiguiente, a proximidad de los Césares, me dieron, más o menos, los mismos detalles que aquél, agregando que los españoles de la Ciudad son amigos de los indios de los alrededores y que con ellos celebran juntas para acordar los intereses comunes. El cacique Quaiquil abundó en iguales o parecidos informes, añadiendo que los Césares son hombres corpulentos, blancos y rubios, que usan trajes a la antigua, de paño musgo (pardo obscuro), ropa blanca de lienzo que tejen sus mujeres, que poseen plata en abundancia y que cuentan con muchas embarcaciones pequeñas para los tranportes por la laguna cuando comercian con los indios. Quaiquil me informó también sobre la lengua de tierra de que antes he hablado, diciéndome que estaba poderosamente fortificada.

Algo más tarde fui con otro vecino de Valdivia, don Tomás Silva, que aun vive y no me dejará mentir, a visitar al cacique Pascual, cuya tolería está al otro lado del río Bueno. El cacique se

mostró muy franco, y después de hablarnos detenidamente de lo que ya por otros sabíamos, agregó detalles de importancia.

—En las inmediaciones de mi casa —nos dijo, pues así llamaba a sus miserables toldos— hay un cerro bajo, o mejor dicho una simple loma, pero lo bastante elevada para que, desde arriba, pueda verse no sólo la Ciudad de los Césares, con sus casas y palacios, sino también a las mismas mujeres, cuando van a la orilla de la laguna a lavar la ropa blanca, que poseen en cantidad.

—¿Está lejos ese cerro o loma? — pregunté.

—No, sino muy cerca, y del pie del cerro a la ciudad misma no habrá más de cuatro leguas por el pedregal que corre a lo largo de la laguna.

Yo sabía que el año anterior, el mismo cacique Pascual, hablando con don Gregorio Solís, hombre grave y de toda confianza, le había revelado algo muy curioso de que yo hasta entonces no tenía noticia; y es de ciertas señas que los Césares hacen a sus vecinos, y que explico en otra parte de esta relación. Se lo dije a Pascual, quien nos ratificó lo revelado a don Gregorio Solís, como puede atestiguarlo mi acompañante don Tomás Silva.

Ahora bien, aquí viene lo mejor.

Cuando acabó de hacernos estas confidencias, el cacique Pascual se quedó largo rato silencioso, como cavilando, y luego, mirándome al soslayo,

con esa mirada fugaz que suelen tener los indios, y hablando lentamente, me preguntó:

—¿Qué premio daría tu rey al que descubriera el camino de la Ciudad de los Césares, y la manera de entrar con seguridad?... Supongo que le haría rico y capitán de sus tierras...

—¡No lo dudes! — exclamé.

Pascual se quedó rumiando mis palabras, con los ojos entornados; luego, como arrepentido de un pensamiento o temeroso de una intención, dijo en voz queda:

—¡Vamos!... ¡Todo esto no es más que conversación!...

—No, sino veras —repliqué.— Su Majestad colmará de honores y favores a quien le ayude en esta conquista.

El cacique se quedó perplejo y no agregó palabra. Respeté, por mi parte su reserva, para no turbar el trabajo que se hacía en su mente, y que tendría que sernos favorable, porque los indios tienen gran ambición y Pascual no había echado en saco roto la imagen de poder y de opulencia que yo le presentara.

Otro araucano, el famoso Contsa, indio de respeto muy escuchado por los de su nación, verdadero amigo de los españoles y especialmente mío, me aseguró en seguida que, si bien no había tratado personalmente a los Césares, sabía con certeza que eran muchos y muy valerosos, — tanto

que en todas las guerras jamás habían sido vencidos. Descendían de los antiguos habitantes de Osorno.

Cumilaf, que vive al otro lado del río Bueno, cerca de los toldos del cacique Pascual y a poca distancia de la Ciudad de los Césares, también conoce a éstos y puede afirmar que poseen mucha plata y numerosos ganados, pero que, en cambio, carecen de las que los indios consideran mayores riquezas, es decir, el hierro, el añil y los abalorios.

El indio Gedacoy, por su parte, me dió muchos detalles sobre la situación de la Ciudad, las armas que tienen los Césares y el feliz hallazgo que acababan de hacer en sus tierras con el descubrimiento de ricas minas de sal, por la que hasta entonces habían sido tributarios de los indios vecinos.

Lo mismo me contaron Amotripay y sus hijos —todos indios de lanza— Langopaguy, Calfuí, Artillama, Antipán y Pangi, mocetones astutos, activos y audaces que conocen la comarca tan bien o mejor que su viejo padre. También Rupa-yán corroboró estas noticias.

Pero todavía más interesante y de importancia es lo que oí de labios de Guisieyán, y la prueba palpable que por su intermedio tuve.

Cuando éste me dijo que había estado ya dos veces en la misma Ciudad, acompañando a indios vecinos y amigos de los Césares, le pregunté:

—¿A qué ibais?

—A venderles ají, que ellos no tienen y que desean mucho — me contestó.

Otra vez que le encontré, Guisizyán montaba un hermosísimo caballo de pura raza andaluza.

—¿De dónde —le dije— has sacado ese potro?

En el primer momento no quiso contestarme y me miró receloso; pero luego, convencido de mi buena y leal amistad, me dijo:

—Este viene de la Ciudad de los Césares.

—¿Y cómo lo hubiste?

—Lo merqué a los españoles de la Ciudad por un sable de acero... Ellos no tienen esa clase de armas, y las aprecian mucho.

El caballo llevaba una marca muy extraña, hecha en cifra, y que no era de las conocidas en tierra de Chile, ni tampoco aquí...

VI

DONDE EL SARGENTO AGURTO DESCUBRE LA EXISTENCIA DE OTRA GRAN CIUDAD DE HOMBRES BLANCOS

HARÉ, señor, la relación de lo que es y contiene la Ciudad de los Césares, con todos los pormenores, que se puedan desear; pero no es éste, todavía, ni el sitio y el momento oportunos, pues me falta para relatar muchas cosas de verdadero interés e importancia. Nada se perderá con aguardar; por el contrario...

Mi amigo el cacique Quenpul, que gracias a mi mediación había obtenido permiso del gobernador para ir a Valdivia y permanecer algún tiempo en ella, tuvo que marcharse precisamente cuando es-

taba yo muy malo de unas fiebres contraídas en mi última expedición.

Como era, y sigue siendo, uso que los jefes indios amigos de los españoles no transiten nunca solos ni vayan a las ciudades sin licencia de la autoridad, así por los peligros que podrían correr como por atender a la seguridad de nuestras poblaciones, el señor gobernador de Valdivia, que entonces lo era el insigne D. Félix de Berroeta, hizo acompañar a Quenpul por una escolta que capitaneaba el sargento Agurto, y de la que formaban parte Blas Soto, Miguel Espino y Tomas Encinas. Estos lo custodiaron hasta el otro lado del río Bueno, donde el cacique tiene su toldería.

El susodicho sargento, Francisco Agurto, era hombre prudente y de valor probado, que entendía y hablaba la lengua de los indios. Estimábalo yo, y consideraba que en cualquier empresa riesgosa podría serme muy útil, como buen soldado y ducho en orillar o vencer dificultades. Le trataba como amigo, le veía muy a menudo, y más de una vez le hablé de la Ciudad de los Césares, invitándolo en son de chanza, a emprender conmigo su descubrimiento y conquista; pero él se limitaba a reír diciendo que las consejos eran buenas para hacer dormir a los chicos, pero no para entusiasmar a los mozos.

Pero hete aquí que volvió muy animado, y apenas en Valdivia corrió a verme.

—¡Capitán! —me dijo.— Hasta ahora no había creído que hubiera una ciudad de españoles, fuera de las que los fieles vasallos de S. M. hemos fundado y las que conocemos de vistas o de oídas. Por eso tomaba a broma y no quería aceptar vuestras proposiciones, suponiendo que lo de los Césares era una patraña que había tenido la virtud de embaucaros a vos también, porque, eso sí, nunca puse en duda vuestra buena fe y hombría de bien. Pero... ahora vengo convencido, y me declaro resuelto a serviros cuando juzguéis oportuno emprender la campaña...

—¿A qué se debe ese cambio, que me da mucho contento? —le pregunté.

—Pues, habéis de saber que durante el viaje con el cacique Quenpul he tenido grandes ocasiones de hablar con él y con otros indios amigos de los españoles y muy adictos al Gobierno. ¡Todos sin excepción me han confirmado en la verdad de la Ciudad de los Césares!

Tuve mis dudas, porque conocía a fondo a Quenpul, el indio más reservado y prudente que conozco, así es que pregunté al sargento:

—¿Te ha hablado abiertamente el buen cacique?

—¡No! —contestóme al punto.— Quenpul no afirmaba ni negaba nada, pero bien visible era que no quería decírmelo todo. Otros hubo que lo hicieran, entre ellos el cacique Naucapangui.

—¿El que tiene su casa y tierras —interrumpi—
adelante del río Bueno, hacia la cordillera?

—El mismo. Pues ese Naucapangui me habló,
por fin, sin cautela sobre el asunto que, hasta en-
tonces, sólo se había tratado con misterio...

—¿Y qué supiste de su boca?

—Puedo repetiros puntualmente sus palabras,
pero no lo haré porque el indio, aunque locuaz, es
lento en decir las cosas.

—Bien lo conozco y así es, —repuse.

—Reuniéndolo todo en un haz —continuó Agurto—
to,— lo que me dijo Naucapangui es lo siguiente:
“Los españoles que buscas (porque yo le había ha-
blado como si, seguro de su existencia, los busca-
ra, en efecto) están a este lado de la cordillera;
pero del otro lado, a orillas del mar, hay otros huin-
cas españoles, muy blancos, que naufragaron hace
mucho tiempo en esa costa. Son numerosos, muy
valientes, y han edificado una ciudad, rodeándola
de murallas. No se darán por bien ni a los indios
ni a los otros españoles”.

—¡Eso hartó lo sé! —dije.

Naucapangui —continuó el sargento Agurto—
agregó también: “Estos poseen grandes riquezas y
como comercian mucho con las naciones de indios
que viven por aquellos parajes, tienen cantidad de
embarcaciones que están siempre en movimiento.
Se comunican con los Césares, que están al otro
lado, por un camino de risquería que es de dos días

de marcha y que sólo puede hacerse a pie". Esto, ni más ni menos, me dijo Naucapangui, haciéndome saber así que no es una sino que son dos las ciudades de españoles rebeldes, y ambas fuertes y opulentas.

Y Agurto agregó luego, por su cuenta:

—El cacique Imilguir confirmó todas estas noticias con toda claridad y franqueza, y como me hablase de los españoles del otro lado de la cordillera quise conocer hasta qué grado lo sabía, y le dije, como burlándome: "¡Bah!, esos deben ser los de Chiloé". Y él, atufado, contestóme: "No, los de Chiloé son una cosa, y a esos los conocemos bien. Hablo de otros, que están más abajo y que no tienen nada que ver con los chilotes".

—Me alegro —dije a Agurto— de que, al fin, te hayas convencido.

E insistiendo en seguida añadí:

—Pero me extraña que los indios te hayan hablado con tanta confianza de un secreto que guardan tan religiosamente.

—Os diré: Sólo Naucapangui e Imilguir, amigos viejos, me hablaron con claridad. Los demás, recelosos y temiendo el castigo de los Césares, no se atrevían tampoco a negar redondamente, pero, no contestaban a derechas y más bien evitaban contestarme. Por eso sus informes discrepan en ciertos detalles de los que me dieran los primeros, suplicando, que nunca los nombrase. A haberlos po-

dido nombrar, los otros me lo hubieran dicho todo, también.

Di a Agurto la mano de amigo, y concertamos que me acompañaría y ayudaría cuando se realizara la expedición.

VII

DE COMO LA CIUDAD DE LOS CESARES ESTUVO A PUNTO DE SER CONQUISTA- DA POR EL CAPITAN PINUER

EL insigne gobernador de Valdivia, don Félix de Berroeta, que tanto se interesaba por el descubrimiento de la Ciudad de los Césares, me dió su venia y cuanto podía necesitar para trasladarme a la tolteria del capitanejo Necultripay, que vive cerca de la laguna.

Yo debía hacer el viaje solo, porque esta diligencia podía resultar decisiva, como lo hubiera sido a no mediar circunstancias contrarias, en un todo ajenas a mi voluntad y a la del capitanejo. Este era entre todos, en efecto, el mejor informado y el que tenía en sus manos, como si dijéramos, las

llaves de la Ciudad de los Césares. Con su simple ayuda, hubiéramos entrado y tomado fácil posesión de ella en nombre del rey nuestro señor.

Lamentable es no haber aprovechado tan brillante ocasión, pero nada se ha perdido sino el tiempo; otra vez puede procederse con mayor cautela y las buenas disposiciones de Necultripay no han de haber variado de la noche a la mañana.

Fuí a verle solo, como dije, y me confesó sin grandes rodeos que había entrado no una ni dos sino muchas veces en la Ciudad de los Césares, acompañando a indios vecinos suyos, que también lo son de los dichos españoles y que mantienen estrecha relación con ellos.

—¿Volverán algún día a entrar en la ciudad? — le pregunté.

—Es muy probable.

—¿Pronto?

—Quizá sea pronto. Los indios que digo me buscan cuando van, por lo mucho que les sirvo, tanto en la caza de huemules y luanes como en el arreo de los ganados que llevan a los Césares varias veces al año.

—Cuando vayas —le dije— ¿quieres llevarme una carta para el gobernador de la Ciudad, o para cualquiera de los vecinos importantes?

Necultripay se rascó, muy perplejo, la cabeza. Era evidente que tenía miedo.

—Eso no haré —me contestó por fin— porque correría inútilmente mucho peligro. Los Césares tienen brujos que todo lo saben. Ese pajarillo, el chuco, que sigue al viajero saltando de rama en rama con un cantito siempre igual, es uno de sus espías. Y tienen muchos de todas clases y bajo las formas más distintas. Si yo cometiera la indiscreción que dices, la descubrirían pese a todas mis precauciones, y yo no escaparía a su venganza. Por otra parte, yo nunca puedo entrar solo en la Ciudad, y si los indios amigos llegaran a saber, por brujería o de otro modo, que yo llevaba un papel, me matarían sin remedio, pues así lo han jurado a los Césares.

Quise atemorizarlo, poniéndolo entre dos fuegos, y le dije con amenazadora gravedad:

—En ese caso, tus palabras te condenan: eres amigo y cómplice de los españoles rebeldes.

Con más entereza de lo que yo esperaba, Necultripay contestó:

—No soy amigo ni menos cómplice, pero no me atrevo a jugar mi vida y la de los míos, porque la venganza caerá sobre la familia entera. Pídemme cualquier cosa, y la haré gustoso, pero ésa no, porque es tonto exponerse sin objeto.

—Y si yo —dijele entonces,— te asegurara contra toda brujería, ¿serías capaz de ir conmigo a la Ciudad y tomarla?

—Depende de las circunstancias.

—¿En el supuesto de que el gobernador nos mandase con mucha gente armada y todo lo necesario?

—¡Eso es otra cosa! Si el señor gobernador resuelve ir a reconocer los Césares y lo hace con todas las precauciones que son realmente necesarias, yo le serviré de guía. Pero es preciso preparar una expedición que nada tenga que temer ni de los Césares ni de sus aliados indios, que son innumerables. De otra manera el fracaso es seguro.

—Así lo entiendo yo también —le dije.

—Pues si así se hace, anuncia al señor gobernador, con el mayor sigilo que estoy pronto a servirle. Pero si no lo ves dispuesto a preparar una expedición realmente poderosa, calla, porque en ello me va la vida. ¡Y quién sabe si a estas horas no tienen ya los Césares, por obra de magia, noticia de lo que a solas estamos diciendo, y si no preparan la venganza!

—Nada temas, —le aseguré— que donde yo estoy no valen brujerías.

Partíme de él muy contento y no dí descanso a mi pobre caballo hasta llegar a Valdivia.

Don Félix de Berroeta, no pudo disimular su alegría, y echándome los brazos me dijo:

—¡Gracias, capitán Pinuer! ¡Gracias por vuestro celo! ¡Gracias por haber ganado auxiliar tan importante como el capitanejo Necultripay! No des-

cuidéis la correspondencia con él y con los demás indios que puedan ayudarnos.

—Así lo haré, señor, —le respondi.

—Y no perdáis un minuto —continuó aquel hombre insigne— y comenzad inmediata y muy sigilosamente nuestros preparativos para la conquista. Yo os daré todo lo necesario, pues estoy resuelto a poner todo mi caudal a vuestra disposición, tanto es mi afán de que salgamos airosos de la empresa.

Yo ví con inmenso júbilo inmediata la realización de mis anhelos de toda la vida.

Pero Dios quería, señor, reservar para otros, el gran bien que el gobernador don Félix de Berroeta parecía tocar ya con sus manos.

Este hombre ilustre e incomparable jefe cayó, en efecto, gravemente enfermo de unas fiebres perniciosas que en pocas semanas lo arrebataron al amor de los suyos y a la veneración de sus gobernados.

Mucho lo lloré, y juro, señor, que no fué sólo porque su muerte frustaba mis esperanzas, sino también, y muy principalmente, porque admiraba y respetaba a don Félix, que en los últimos tiempos había sido un padre para mí.

Pero la suerte no había acabado con sus golpes.

Mis lágrimas de dolor se trocaron en rabiosa protesta cuando supe que para reemplazar a aquel grande hombre o, mejor dicho, para ocupar inmerecidamente su puesto, se había nombrado a una

persona de significación tan escasa como don Juan Gartán.

Era éste de edad ya algo avanzada, pero los muchos años no habían bastado para darle las cualidades y le experiencia necesarias para servir útilmente a S. M. el rey. Conceptuábale yo, sin embargo, hombre probo y de algún seso, pero no tardó en llegarme el doloroso desengaño.

Don Juan Gartán me conocía, porque cuando era subalterno de don Félix de Berroeta, había yo tenido algún trato con él, en mi carácter de capitán graduado, lengua general de Valdivia y comisario de Naciones. Como tal me debía presentar al nuevo gobernador y ponerme a sus órdenes, y al hacerlo aproveché la coyuntura para hablar de la Ciudad de los Césares y del magno proyecto de don Félix.

Sin mayor precaución y por males de mis pecados, le revelé cuanto sabía y le propuse que realizara conmigo, y por sus medios, lo que en tan buena vía llevaba su ilustre antecesor. . .

¡Nunca lo hubiera hecho! Aquel astuto hipócrita me echó noramala apenas se lo hube dicho todo, que no antes. Y fingiendo luego un gran enojo, díjome que aquello no era más que un amasijo de ridículas patrañas, y que no volviera jamás a hablarle del asunto.

VIII

EN QUE EL CAPITAN IGNACIO PINUER PRUEBA SU VERACIDAD CON LA FE DE DOCUMENTOS AUTENTICOS

ALGUN ánima recelo-
sa, si no mal intencionada, podría quizás, señor,
poner en duda, como el desvergonzado gobernador
Gartán, la verdad de esta relación, a pesar del so-
lemne juramento con que la início. Para alejar de
mí ese temor de sospecha, tan propia de la natura-
leza humana, he agregado a este escrito copia lega-
lizada de numerosos documentos que, directa o in-
directamente, dan fe de mi veracidad; pero como su
mayoría, a fuer de obra de curiales, peca por lo di-
fusa y confusa, voy a hacer aquí lacónico extracto
de los principales, extracto que podrá, cuando se

quiera, confrontarse y verificarse con las susodichas piezas auténticas.

El ilustre fiscal en lo Criminal doctor Pérez de Uriondo, magistrado austero y de grandes luces, aunque no nada inclinado a mi persona y a mi favor —lo que añade a la virtud de sus palabras— recibió orden de Su Señoría, el señor presidente de Chile, don Agustín de Jáuregui, de estudiar el asunto de la Ciudad de los Césares.

Hombre prudente, el digno magistrado no afirma por su cuenta —como que no la ha visto— la existencia de la Ciudad; pero de su informe se desprende con la limpidez del agua de manantial que lo cree a pie juntillas, para sus adentros, pues de otro modo no se complacería, como se complace, en asentar por escritos tantas y tan fehacientes declaraciones afirmativas.

Comienza su informe diciendo que ha dedicado tres meses y medio al estudio del voluminoso expediente, robando horas al descanso y al sueño, pues no podía abandonar el despacho diario de la fiscalía, y que en tan corto espacio examinó “nueve cuadernos de autos que se han formado sobre descubrir las poblaciones de españoles y de extranjeros que se presume existen hoy. . . en este reyno” y estudió a fondo el décimo cuaderno, “formado en 1763 a instancia del gobernador de Chiloé y de los vecinos de la provincia sobre la apertura del camino de Osorno y río Bueno”.

Es de notar, señor, esta categórica aseveración del fiscal Dr. Pérez de Uriondo en el documento que extracto:

"Atendidas las actuaciones que formalizó el entonces gobernador de la plaza y presidio de Valdivia, don Joaquín de Espinosa, no cabe duda de la existencia de tales poblaciones, atestiguada entonces y luego por caciques amigos".

En otra parte, y como hombre docto que es, habla de otras ciudades más o menos semejantes a la Ciudad de los Césares, y que se dice existen en otras partes de las Indias tanto Occidentales cuanto Orientales, y que yo no había oído mentar sino muy vagamente.

Cita en primer lugar los dominios del famoso Preste Juan de las Indias, rey cristiano que vive en Oriente y que, según parece, exige a cuantos llegan a su territorio, para dejarlos salir con vida, solemne juramento de que no han de revelar a nadie su exacta posición, para impedir que alguien se diriga a él en son de conquista o de saqueo. Así se explica que Rubruquis el Admirable sitúe ese reino entre los Mongoles, mientras que Juan de Carpi lo señala en la India, y otros ilustres viajeros en la Etiopía y en diversos parajes lejanos; así se explica, también, que el rey don Pedro de Portugal mandara inútilmente al reverendo padre franciscano Pedro de Lisboa a buscar esas tierras en la India, pasando por la Palestina y el Egipto, y que el rey Juan

enviara luego, por el Sur de Africa, a Alonso de Paiva y a ese Pedro de Covilham que señaló a S. M. el Cabo de Buena Esperanza, hallado y pasado en 1486 por Bartolomé Días, que abrió el camino al ilustre Vasco de Gama,

Refuta, en seguida, victoriosamente, al comentar corto de alcances según el cual los conquistadores de este famoso Río de la Plata, desencantados porque éste no acarreaba arenas de oro, y temerosos de que sus soldados se entregaran al desaliento y arrojaran las armas negándose a seguir adelante, apelaron para animarlos a la conseja de la existencia del Dorado y de la Ciudad de los Césares. Con igual eficacia echa a rodar el pretendido argumento de que los indios inventaban esas ciudades para desembarazarse de los españoles, haciéndolos ir lejos de donde ellos vivían. No es posible, dice el magistrado, que sin base alguna positiva se imaginaran simultáneamente y en puntos tan lejanos y sin comunicación alguna, tantas y tan diversas ciudades portentosas: el Dorado, Parima, Enim, el Gran Moxo, el Gran Parú, el Gran Paytiti, el Gran Quivir y por último la Ciudad de los Césares. Y da utilísima noticia sobre algunas de estas admirables poblaciones: Parima, situada a orillas del río del mismo nombre, afluente del Alto Amazonas, en el reino del Brasil, en el punto en que aquel río alimenta un inmenso lago; el Gran Paytiti, dilatado y poderoso Imperio que se halla

entre el reino del Perú y el del Brasil, mansión desbordante de riquezas a la que se retirara la familia de los Incas cuando la conquista del Perú por los españoles, creando un nuevo imperio en substitución del que acababan de perder; el Dorado, que en la Provincia de la Guayana eleva sus innumerables edificios de tejas de oro; el Gran Quivir o —según otros— la Gran Quivira, Imperio floreciente que, al Norte del Nuevo Méjico, reemplaza al antiguo de los aztecas y es gobernado por un príncipe de la sangre real de Moctezuma. . .

Observaré, por mi parte, y sin faltar a los respetos debidos a tan alta autoridad como la del señor fiscal Dr. Pérez de Uriondo, que la existencia de alguno o algunos de los reinos por él enumerados podría dar materia a discusiones —como que nadie los ha visto— mientras que la realidad de la Ciudad de los Césares es a todas luces indiscutible por lo evidente.

El mismo se encarga de decirnos que los náufragos Oviedo y Cobo afirmaron bajo juramento su existencia; que el ilustre y respetado padre Guevara escribe en sus historias: "Hay quien oyó las campanas; hay quien comunicó y vió a los Césares; hay, finalmente, quien asistió a la fundación de la ciudad y habitó muchos años en ella"; que el misionero jesuita padre Matías Estrovel escribía desde la Pampa: "De la nación de los Césares no he podido averiguar cosa alguna", lo que no es de ex-

trañar dada la distancia y la consigna de callar que los indios tenían; que yo mismo, capitán graduado Ignacio Pinuer, lengua general de la plaza y ciudad de Valdivia y comisario de Naciones, le he dado amplísimos informes, que no he de repetir aquí porque forman el cuerpo de esta relación; que iguales noticias, aunque no tan bien puntualizadas, le dieron oficialmente el lengua general D. Juan de Castro, el capitán de amigos de la reducción de Calle-Calle D. Francisco Agurto, el cadete don Juan-Henríquez, los soldados y paisanos, todos españoles, Gregorio Solís, Marcelo Silva, Casimiro Mena, Baltasar Ramírez y otros muchos que sería ocioso nombrar.

Pero, por la veneración y la fe que debemos a nuestra Santa Madre Iglesia, quiero hacer constar aquí la declaración de varón tan justo y respetable como fray Buenaventura de Zárate, padre guardián del Convento de San Francisco en la isla de Macera, quien dice textualmente:

"Durante seis años he tenido en mi servicio al indio cristiano Nicolás Confianza, muy ladino y enterado de nuestra religión y lengua. Siendo ya de edad de sesenta años cayó enfermo, y estando desahuciado y preparándose a morir, me dijo:

"Quiero hacer por escrito una declaración que hallo muy conveniente al servicio de Dios, porque tengo gran temor de ir a Su Divina Presencia sin manifestar lo que sé. Siendo mocetón hice una

muerte en Calle-Calle, jurisdicción de Valdivia, pegué (1) a los Llanos, y de allí al otro lado del Bueno, donde me amparó un cacique tío mío. Mi tío tuvo gran confianza en mí para sus tratos y "conchabos", y con tal ocasión cupo enviarme cerca de la ciudad de los españoles a verme con un cacique que les servía de centinela. Una noche oí que dos españoles hablaban con mi tío, negociando hachas y sal que éste tenía y que cambiaron por ají, bayeta y lienzo, que era como el de Chiloé. El castellano que hablan no es muy claro.

"La agonía le impidió acabar su declaración, que debe ser creída por venir de un moribundo temeroso de Dios y, aunque pecador, buen cristiano. Y es de lamentar que así haya ocurrido, por los bienes que de informes más completos podían dominar para la mayor gloria de Dios Nuestro Señor y el mejor servicio de Su Majestad el rey, que El tenga en su santa guarda".

Creo que lo dicho basta y sobra para demostrar la exactitud de mis afirmaciones; pero, lo repito para descargo de conciencia, quien dude aun —y ya será tozudo— no tiene más, para convencerse, que echar una ojeada a los documentos que completan y afianzan esta relación.

Diré, sin embargo, que ella no tiene otro objeto, señor, que el de facilitarme la gente y los recursos necesarios para acometer una empresa que antes

(1) Huí.

no pude rematar con mis escasas fuerzas y luchando contra los enredos y asechanzas de envidiosos llenos de codicia y de egoísmo. Y estoy seguro de que todos los buenos españoles acaudalados de esta ciudad y puerto de Buenos Ayres querrán ser de la partida, si no personalmente con su valioso escote, y que los más indigentes, soldados y paisanos me pedirán que los capitaneé hasta realizar la gran conquista, para volver luego hechos grandes señores, si no prefieren quedarse como tales en la maravillosa ciudad de los Césares.

IX

QUE TRATA DE UNA FELONIA DEL GOBERNADOR GARTAN Y SUS TRISTES RESULTADOS

EL sofión del mal gobernador Gartán no me hizo desesperar, como hubiera desesperado a tantos más pusilánimes que yo.

Convencido, por el contrario, de que en las esferas superiores alcanzaría lo que en Valdivia cínicamente se me negaba, escribí la minuciosa relación que me ha servido de base para la presente y la mandé por un propio a Su Señoría el señor presidente de Chile, D. Agustín de Jáuregui.

Este gobernante, por inexplicable error, no me llamó para pedirme las pruebas de lo que aseveraba (aunque todo estuviera ya sobradamente pro-

bado por las múltiples declaraciones y las precisas señas en que abundaba mi escrito), sino que —según luego supe— ordenó precisamente a D. Juan Gartán, gobernador de Valdivia, que hiciese con la mayor reserva una averiguación completa de los hechos expuestos por mí. Era poner al lobo de pastor. D. Agustín de Jáuregui, debo confesarlo, ignoraba la poca confianza que el tal Gartán merecía, y al ponerme en sus manos estaba muy lejos de hacerlo para perjudicarme. Lo sé porque he visto la providencia que envió al gobernador de Valdivia ordenándole que me pusiera en situación de acreditar la verdad de mis afirmaciones, auxiliándome en todo lo posible para que yo fuese a la Ciudad de los Césares y trajese de allí prendas que demostraran la existencia de tales hombres.

Esta empresa no era fácil, pero tampoco imposible y estoy seguro de que yo le hubiera dado cima, con la ayuda del capitanejo Necultripay.

Pero el artificioso Gartán tenía sus planes y no quería perder la partida antes de jugarla.

Apenas recibidas las órdenes del presidente, apresuróse a contestarle que se había adelantado a sus deseos mandando hacer la investigación, pero no por los embustes —así escribía— que yo había dicho, sino en virtud de informes incompablemente más preciosos y fidedignos.

¡En mala hora me hice acompañar en mi visita

al cacique Marimón por hombres de tanta doblez como el cadete D. Juan Henríquez y los soldados Baltasar Ramírez y Marcelo Silva, a quienes tomé equivocadamente por hombres honrados y amigos fieles! ¡En mala hora porque todos tres se complataron con el solapado y codicioso Gartán para arrebatarme lo que era mío!... Pero Dios castiga sin palo ni piedra.

El menguado Gartán, con desvergüenza increíble, los presentaba a D. Agustín de Jáuregui como las personas que le habían proporcionado los "informes incomparablemente más precisos y fidedignos" de marras. ¡Cuando lo único que sabían era lo poco que el cacique Marimón me había soltado en su presencia, muchos años atrás! Y el insigne bellaco de gobernador ya no hablaba de patrañas como me hablara a mí.

No, que si no, puesto que sólo había fingido no creerme lo de la Ciudad de los Césares para birlarme su descubrimiento, apresuróse a mandar al cadete y a sus cómplices —que así deben llamarse— a que realizaran en su beneficio lo que a mí por indisputable derecho me correspondía.

Pero el estrecho magín o pobrísimo meollo de Gartán no le inspiró sino el peor de los medios para alcanzar sus fines, y fué el de escribir cartas a los jefes de los Césares anunciándoles que se acercaban españoles fieles a Su Majestad, resueltos a librarlos de la opresión que sufrían y que con ellos

iban santos sacerdotes que con júbilo los volverían al seno de la religión.

Nada de ésto supe, sino harto tarde para impedirlo, como lo hubiera hecho aunque a trueque de mi vida, y el desleal cadete Henríquez salió a la chita callando de Valdivia con el redomado Baltasar Ramírez y el mandria de Marcelo Silva.

Nunca se ha sabido a derechas ni se sabrá jamás, lo que Henríquez y sus acólitos hicieron en esta expedición.

Lo que se sabe, porque lo vió todo Valdivia, es que a los dos o tres meses volvían bastante maltrechos Henríquez y Ramírez, diciendo que Silva había desertado, y que estaba refugiado entre la indiada del cacique Pallaturreo.

Todo lo que contaban era para mí un rosario de enredos y de embustes.

Decían que después de tres o cuatro días de marcha habían llegado a los toldos del cacique Lipique, a la entrada de Ranco y a unas veinticuatro leguas de Valdivia.

Que allí hicieron alto para celebrar consejo y que Henríquez dijo que la prudencia les ordenaba no seguir más adelante para no despertar las sospechas de los Césares, y que uno solo —e indicaba a Ramírez,— debía llevar las cartas a su destino, pues siendo dos o más no tendrían probabilidades de llegar con vida.

Para mí, el cadete quería poner a buen recaudo

y lejos del peligro su gallarda e hidalga personita.

Seguían diciendo que el valeroso Ramírez aceptó su peligrosa misión y se disfrazó de indio.

Que con este empaque y acompañado por dos indios de verdad siguió viaje y no se detuvo hasta ocho leguas más adentro, en la toldería del cacique Limay.

Que allí creyó insuficiente su traje de mojuganga para burlar a los avisores indios amigos y aliados de los Césares, y que por ello resolvió quedarse y enviar también un emisario en su reemplazo.

Que eligió para este empeño al indio Quaripanguy, pariente del cacique Limay, y que le dió las cartas, recomendándole mucho que las entregara a los españoles de la ciudad.

Que conociendo lo interesados que son los indios dió a Quaripanguy una buena gratificación, prometiéndole que si regresaba con una respuesta, cualquiera que fuese, le daría doble cuantía.

Que poco más o menos por la misma fecha Marcelo Silva desaparecía de los toldos de Lipique, donde se había quedado con el cadete.

Que a los pocos días de salir Quaripanguy del paradero del cacique Limay, llegó uno de la tribu anunciando al jefe que un grupo numeroso de indios guerreros vecinos de los Césares se acercaban a toda prisa y con malas intenciones evidentes, y que, convencido Ramírez de que lo buscaban para matarle, huyó a la montaña.

Que anduvo solamente de noche y por lo más escabroso y escondido de los montes, llegó a duras penas a reunirse con Henríquez, desgarrado y hambriento.

Que allí supo la desaparición de Silva y que, atando cabos, el cadete y él vinieron a convenir que el desertor los había traicionado revelando al cacique Pallaturreo y a otros que iban con misión de descubrir la Ciudad de los Césares.

Eso contaban...

X

DONDE POR FIN SE VE, EN TODO SU ES- PLENDOR, LA MARAVILLOSA CIUDAD DE LOS CESARES

SI yo fuera, señor, un embaidor embustero, como tantos que viven y prosperan a costa de los demás en estas tierras de Indias, podría jactarme aquí, sin miedo alguno, de haber visitado personalmente la Ciudad de los Césares y hasta de haber vivido en ella largos años, tan por lo menudo la conozco, merced a mis pacientes investigaciones. Pero la mentira engendra la mentira, por aquello de que quien hace un cesto hace ciento, y no está en mí el faltar a la verdad, pese a mi propia conveniencia.

No he penetrado, no, en la maravillosa ciudad,

primero por el inopinado y desgraciadísimo fallecimiento de mi ilustre protector, el nunca bien llorado don Félix de Berroeta, y después por la infame felonía del gobernador de Valdivia, don Juan Gartán, quien, con dolo, intentó arrebatarme el fruto de mis trabajos y desvelos. Pero la conozco tanto y tan bien, que con los ojos vendados podría recorrer sus calles, más seguro y mejor que las de Valdivia...

Los dominios de los Césares, señor, abarcan la vasta península llamada isla a que me he referido tantas veces, y tres islas pequeñas que están en la misma laguna, y que se comunican entre sí por medio de numerosas canoas y otras embarcaciones de mayor capacidad.

Dije ya que una banda de tierra firme, de una media legua de ancho, es la entrada de la población principal, o sea la Ciudad de los Césares, y de los dilatados y fértiles campos que la circundan. Esa banda está fortificada por ancho y profundo foso, siempre lleno de agua, un antemural, un rebellín y por último una muralla baja, sólidamente construida con piedra de sillería. El foso se atraviesa por un puente levadizo, detrás del cual hay grandes y fuertes puertas, en las que no muerde el hacha, defendidas a su vez por un baluarte, donde hacen continua centenila los soldados. El puente se levanta cada noche y la ciudad queda inaccesible hasta que sale el sol.

Esta fortificación bastaría por sí sola para hacer inexpugnable la plaza, pero los Césares la han completado con algunas piezas de artillería, cuyas salvas se oyen desde muy lejos en determinadas épocas del año. Ellos mismos fabrican su pólvora, pero lo curioso es que no tienen fusiles, aunque esto se explique por la falta de hierro y acero de que sufren, mientras poseen cobre en abundancia para hacer sus cañones, versos y culebrinas. Además de la poderosa artillería, las armas que usan los Césares son lanzas, espadas y puñales de metal, los laques o bolas arrojadizas que han tomado de los indios y manejan con suma destreza, y las balles-tas a la antigua usanza española. Así, para combatir a distancia cuentan con sus cañones y para las luchas a corto trecho o cuerpo a cuerpo no les faltan instrumentos mortíferos eficaces. Tienen, también, máquinas de guerra cuyo uso y destino ignoro, pero que deben de ser en previsión de sitios y de asaltos en que ellos tuvieran la parte ofensiva... Y cuanto a armas defensivas tienen coletes de cuero bien aderezados, amén de otras piezas protectoras del combatiente.

Son los Césares de estatura más que mediana, ágiles, robustos, y muy blancos, y llevan la barba cerrada. Visten chupa larga, camisa, calzones, bombachas de diferentes colores, grandes zapatos y sombrero de anchas alas. Nunca se acercan a la orilla de la laguna sino a caballo, y cuando pasan

al otro lado para tratar con los indios van armados y llevan siempre coletos.

Las mujeres son bellas, esbeltas, bien formadas y graciosas, pero fuertes y de mucho rejo.

Viven en grandes casas de ladrillo, tan buenas o mejores que las de España, cubiertas de hermosos techos de teja: tan vastas son que se ven de muy lejos, y admiran en aquellos parajes. Las calles, rectas, se cruzan perpendicularmente, como las de Buenos Aires, y presentan muy risueño aspecto, con sus arroyos de guijas, sus techos rojos, sus balcones orlados, sus pórticos de columnas, sus ventanas con celosías, sus puertas pintadas de colores vivos y sus paredes blanqueadas, que reverberan al sol.

En el moblaje y adorno de salas y aposentos acostumbran poner plata labrada que poseen en cantidad. De este metal son casi todos sus utensilios, la vajilla, los cubiertos, cuanto es necesario para la vida de familia y para fiestas y saraos, y algunos Césares llevan su boato y ostentación al extremo de sentarse en sillones de plata y oro.

Pero no son ricos únicamente en metales, sino también en ganado, pues poseen innumerables rebaños en la isla y fuera de ella. Estos últimos están al cuidado de mayordomos blancos y pastores indios que están al servicio de los Césares y que les son muy fieles, sin duda porque el terror al castigo y la venganza les aparta de su natural condición, que es la del robo.

Comercian los Césares con sus ganados, trocándolos por otras cosas de que carecen y que les hacen falta, especialmente —y hasta muy poco tiempo atrás— por sal que les llevaban los Pehuenches, sus amigos, atravesando la cordillera, y los mismos Guiliches de Chile. Este comercio ha cesado ahora, porque los Césares tuvieron, hace poco, la fortuna de descubrir un cerro de sal en su mismo territorio, y el producto de este cerro basta para sus necesidades, y aun les permite proveer abundantemente de sal a sus indios vasallos y aliados, y aun a los que viven más lejos.

Gracias a la bondad del clima y a la descansada vida que llevan, sin que nada les falte, los Césares llegan a edad tan avanzada que los indios los creen inmortales y a todo el mundo aseguran que lo son. La verdad es que el número de los habitantes de la ciudad e isla crece de un modo pasmoso, a causa de esa longevidad y de que sus mujeres son extremadamente prolíficas. Así se explica que, no hace muchos años, tuvieran que emigrar un crecido número porque ya no cabían en la ciudad y sobraba gente para cultivar los campos de la isla y apacentar los rebaños. Muchas familias se trasladaron, entonces, al otro lado de la laguna, es decir hacia el Este, y allí fundaron una nueva población que no tardará ni un siglo en ser tan grande y de tanta importancia como la Ciudad de los Césares.

Esta ciudad naciente, cuyo nombre ignoro toda-

via, está situada, laguna por medio, frente a la Capital. La laguna le sirve, por esa parte, de fortificación, y por la otra tiene también su gran foso con puente levadizo, puerta fuerte, rebellín y demás, el todo sostenido por poderosa artillería.

La comunicación con la Capital, que es incesante, está asegurada por las canoas y otras embarcaciones.

La nueva ciudad está regida por un gobernador dependiente del rey que tiene su trono y corte en la Ciudad de los Césares.

Como se ve, señor, los aspectos exteriores de la ciudad, así descriptos, no parecen hacerla muy diferente de nuestras viejas ciudades españolas, y por añadidura no faltará quien observe —en lo escrito a lo menos— la ausencia de grandes y portentosos palacios, como nuestra Alhambra, o de templos tan soberbios y majestuosos como la Catedral de Córdoba, por ejemplo. No tienen los Césares ni el Alcázar de Sevilla ni la altiva Giralda, pero tampoco tienen la miseria y la mugre de nuestras grandes ciudades, y váyase lo uno por lo otro, pues monumentos, aunque no antiguos, ya los tendrán en cuanto quieran.

XI

QUE TRATA DEL REY DE LOS CESARES Y DE VARIAS CURIOSAS AVENTURAS

EL rey de los Césares, señor, es un autócrata tirano, sin más ley que su voluntad, ante la que se doblegan humildemente todos sus vasallos, sin que nadie ose rebelarse ni dar siquiera la menor señal de descontento.

Sólo se muestra blando y generoso con los naturales de la tierra, para tenerlos siempre propicios. Así, una o dos veces por año convoca a los indios de su jurisdicción, que son numerosos, pero no muy bravos, y les concede cuanto le piden y él está en condiciones de dar para que se mantengan dispuestos a obedecerle sin discusión. Estos naturales tienen, como los demás, sus caciques, pe-

ro, a diferencia de los otros, también se hallan sometidos a una especie de soberano general, a quien el rey de los Césares demuestra la mayor amistad y deferencia, indudablemente porque así le conviene. Estos indios son llamados, por lo común, "indios Césares".

Pero el rey de la ciudad mantiene, también, familiares relaciones con los Pehuenches, que viven, cazan y trafican del otro lado de la Cordillera. Y no es raro ver que en una misma junta se hallen reunidos los indios Césares con los caciques Pehuenches. En tal caso la asamblea resulta muy numerosa y las discusiones se eternizan, porque los Pehuenches son quizá, más amigos de discurrir y de echárselas de oradores que los mismos Césares. Generalmente se discute el asunto que más interesa al rey, es decir, el aislamiento completo de la ciudad. El desea, como ya dije, que sus vecinos indios no permitan que nadie llegue hasta allí, sino que vigilen constantemente los caminos y los pasos de la Cordillera, y cada vez, sin que falte una, exige a los caciques la renovación del juramento de que sus parciales o ellos mismos si el caso llega, maten sin conmiseración, a quienquiera que intente llegar a las inmediaciones de la ciudad. Después de esto les hace grandes mercedes y les otorga toda clase de beneficios.

Como todos los grandes tiranos, el rey tiene una corte de favoritos, que hacen cuanto quieren y que

resultan, como es común, todavía peores que él. Estos señores saben perfectamente que si faltara el rey, los Césares no tardarían en derribarlos y saciar en ellos su sed de venganza, así es que cuidan del tirano más que de ellos mismos, si cabe, y están toda la vida pendientes de sus labios. Humillados bajo su pie, pisotean a su vez a los que están abajo, de modo que el pueblo es materialmente siervo suyo, pues la mal llamada justicia está en manos de sus opresores.

De todo esto tengo pruebas indiscutibles.

Por ejemplo, Renquen, indio chilote, a quien conocía de muchos años atrás, salió de Chiloé en octubre de 1783, es decir, hace poco más o menos un año, con la intención de visitar la Ciudad de los Césares si le era posible, o siquiera de verla de lejos, si se le presentaban dificultades insuperables. Como, a pesar de ser muy resuelto y arrojado, Renquen es de aspecto humilde y de aire inofensivo, y como llevaba copia de abalorios y baratijas para ganarse la voluntad de los indios que encontrara y que pudieran estorbarlo, consiguió a fuerza de maña deslizarse entre ellos. Contábalas que huía de la venganza de los españoles, porque había dado casualmentee muerte a uno de ellos, y que solo deseaba encontrar un lugar seguro donde ocultarse y salvar la vida.

Logró así, tras de muchos trabajos, hacerse un miserable refugio en las inmediaciones de la ciu-

dad, no sin que los indios lo vigilaran constantemente, pues no tienen plena confianza en nadie.

Pero una noche, después de convencerse bien de que en aquel momento nadie le observaba ni sospechaba sus intenciones, Renquen se acercó a la puerta de la ciudad que da a la faja fortificada de tierra firme. Encontrándola cerrada, como se hacía todas las tardes al anochecer, no desesperó, sin embargo, y comenzó a llamar con recios golpes a la puerta, que era de roble macizo aforrada de planchas de metal, y dando grandes voces.

Al cabo de largo tiempo de gritos y de golpes, en lo alto de la muralla apareció un centinela que le hizo las preguntas de orden, aunque en tono menos áspero de los que él temía.

—Llego hasta aquí perdido, sin saber qué tierra es ésta —contestó Renquen.

—¡Pasa de largo! —dijo el centinela.

—Es que —replicó el chilote— estoy en la mayor necesidad de hambre y de cansancio. ¡Por Dios te pido que me des hospitalidad por esta noche, ya que aquí hay tantas casas donde cobijarse.

El centinela que, como Renquen, hablaba lengua araucana, no contestó derechamente, sino que dijo:

—¡Me admiro que los indios vecinos te hayan dejado pasar con vida!

—Ninguno me ha visto —explicó el chilote— y aunque me vieran!... ¡Soy hombre de paz y me muero de necesidad!

—Pues ya que has tenido tanta fortuna, corre escapado antes que te vean otros de la ciudad! Nadie puede llegar hasta aquí sin perder la vida, y yo debería dar parte al rey... pero soy compasivo, estoy solo de guardia, y prefiero que te marches, antes de que el rey te haga colgar.

—¿Tan cruel es?

—Guarda el secreto de la ciudad... Y si sabe que has llegado hasta aquí, aunque te escapes, te hará buscar hasta dar contigo y matarte... ¡Yo mismo correré un gran peligro!... Vete, pues, hermano, aprovecha mi bondad, y no vuelvas nunca, por amor de Dios.

Aunque estuviese realmente rendido de cansancio, el chilote escapó con piernas de liebre, porque en casos tales no hay quien no saque fuerzas de flaqueza. Corrió cuanto pudo, y después, amparándose de zarzas y breñales, siguió arrastrándose, hasta que, cuando ya creía entregar el alma, llegó a unos toldos de indios Césares, donde los indios le dieron hospitalidad.

Tendióse Renquen en el suelo, con intenciones de dormir, pues harto lo necesitaba, pero habiendo advertido que el cacique cuchicheaba con sus gaudules, mirándolo a hurtadillas, como si examinaran de dónde podía llegar a semejantes horas, resolvió quedarse despierto, muy despierto, y no dejó sus armas de la mano en todo el resto de la noche.

Hubo en ese intervalo gran movimiento de en-

tradas y salidas en el toldo, como de chasques y mensajeros, pero lejos de decirle a la mañana siguiente nada que pudiera alarmarlo, el cacique le preguntó, con mucha solicitud, si pensaba permanecer algún tiempo con ellos o si tenía la intención de marcharse. Renquen contestó que prefería irse hacia el lado de Valdivia, pues por allí tenía algunos amigos que podían ayudarlo, oyendo lo cual el cacique le ofreció hacerle compañía por indios seguros que conocían bien los caminos y que le llevarían hasta donde él quisiera. Confiando en la hospitalidad de los naturales, que rara vez faltan a ella, el chilote aceptó, sin saber que aceptaba también su segura perdición.

Sus guías le acompañaron fielmente, al parecer, pero fué para abandonarlo en un sitio desierto, en medio de las montañas. Allí le sorprendieron y le dieron muerte otros indios, apostados seguramente, con ese objeto.

No tardó en saberse que aquel asesinato era obra del rey de los Césares, quien también había mandado ajusticiar al compasivo centinela que habló con Renquen, la noche de su malhadada aventura.

El hecho me fué relatado poco después por un indio que vive en el fuerte de San Fernando, a orillas del río Bueno. Este indio, que se hallaba casualmente en la toltería donde el desgraciado Renquen pasó su última noche, es un hombre veraz y

de entera confianza. Pudo repetirme el diálogo entre Renquen y el centinela, porque se lo oyó al cacique, quien, a su vez, lo tenía de los mensajeros que de la Ciudad de los Césares le habían llevado la sentencia del rey contra el curioso chilote.

XII

QUE TRATA DE SEÑALES MISTERIOSAS, Y DE DOS SANGRIENTAS BATALLAS A ORILLAS DEL RIO BUENO

IMPORTA saber, señor, que la población de la ciudad está lejos de sufrir resignada la dura opresión de su rey, y que muchos de los españoles en ella encerrados no cesan de manifestar secretamente sus deseos de sacudir tan pesado yugo. E importa saberlo, porque obrando con cautela y habilidad, se contaría evidentemente con su ayuda, lo que viene a ser casi como estar ya dentro de la plaza.

Ya he dicho, señor, que desde el cerro de los Cochinos se abarca con la mirada gran parte de la laguna con su isla y la ciudad. Pues a ese cerro

salen los españoles Césares y en su cima ponen ciertas señales amenazadoras contra los indios que, como aliados o como siervos, están al servicio del rey y le ayudan a mantenerlos aislados, en el desamparo y la opresión.

Clavan, por ejemplo, una espada en tierra: esto significa que están resueltos a caer sobre los indios y a darles guerra sin cuartel.

Los indios, que más temen al rey de los Césares y a sus propios caciques que a los españoles descontentos, arrancan la espada y en su lugar ponen un machete, con lo que dicen que están prontos a repeler la fuerza con la fuerza.

Pero los mensajes mudos no paran ahí.

Los españoles plantan, entonces, una cruz, como diciendo, que con tan santa enseña triunfarán de sus enemigos. . .

Una lanza es la respuesta, pues los indios quieren demostrar que nada los asusta.

Los españoles ponen, a su turno, piedras redondas en forma de balas, aludiendo a su artillería.

Una flecha con la punta hacia arriba proclama entonces que las armas de los indios bastarán para hacer callar los cañones de los Césares.

Estos españoles, con la esperanza de llegar un día a hacerse oír por sus hermanos fieles a Su Majestad, suelen a menudo poner junto con sus señales amenazadoras dirigidas a los indios, papeles y cartas que éstos no pueden entender, en los que

piden sin duda auxilio de gente y armas. Y digo sin duda, porque las misivas no llegan jamás a su destino, aunque sea fácil adivinar lo que contienen. Los indios, en efecto, se apresuran a destruirlas en cuanto las ven, para que no puedan llegar a nuestras manos, o bien corren a llevárselas al rey de los Césares que los recompensa con largueza. El tirano pone entonces en movimiento a los tiranuelos de su Corte, hasta que dan con el autor del escrito, quien una vez descubierto queda en la imposibilidad de volver a empezar, porque se le cuelga inmediatamente, sin forma de proceso.

Estas precauciones del rey y sus acólitos y servidores se completan con el más perfecto sistema de espías que se pueda imaginar. En vano he extremado los esfuerzos por descubrir dónde se ocultan, quiénes son, cómo se manejan, pues parece que hubiera espías de los Césares en todas partes o que todo el mundo fuese su espía, del virrey español abajo, y sin exceptuar a los mismos sacerdotes y frailes venidos a evangelizar estas tierras. Dios me perdone, señor, pero es el caso que nada escapa al rey de los Césares, quien está inmediatamente informado de cuanto ocurre y cuanto se medita, por secreto que sea, y no sólo en los campos, no sólo en Valdivia, sino también en Santiago y en la mismísima Lima, tan distante y tan bien guardada. . .

Un ejemplo lo probará.

Cuando el excelentísimo señor virrey don Juan de Amat, a la sazón capitán general del Reino de Chile emprendió su salida a Los Llanos, el rey de los Césares, informado con anticipación, tuvo todo el tiempo necesario para prepararse.

La gente del capitán general, en efecto, no estaba todavía lista, cuando ya los Césares apellidaban a los suyos, reunían numerosas tropas con todo sigilo, y sin que nadie lo advirtiera las emboscaban en puntos de fácil y eficaz defensa...

Apenas habían los españoles del general Amat acampado a orillas del río Bueno y descansaban tranquilos creyéndose en completa seguridad, y todavía muy lejos de la Ciudad de los Césares, los indios amigos de éstos, validos del descuido y de la obscuridad de la noche, cayeron como una tempestad sobre el campamento, con furia tal que ni nuestros pedreros y esmeriles lograron detener su ímpetu. Los naturales acuchillaron y alancearon a muchísimos de los nuestros, y pusieron a los demás en fuga.

Entretanto, los descontentos de la ciudad, que habían oído el cañoneo y advertido el silencio que siguió, creyendo victoriosos a los españoles y próxima la salvación, decidieron al punto hacer una salida y correr a incorporarse a sus salvadores. Escaparon en número de trescientos o más, y se lanzaron hacia el río Bueno, donde, por los estampidos, pensaron que se había librado la batalla. Pe-

ro los indios amigos, obedeciendo órdenes del rey, atacaron a los fugitivos.

Estos últimos, no encontrando a los españoles, desbandados como ya he dicho, seguían adelante, resueltos a no volver a la ciudad, donde les aguardaba el suplicio, cuando los indios les cerraron el paso, presentándoles batalla.

Unos y otros pelearon con singular denuedo, y el combate duró largas horas, con armas iguales, pues los españoles Césares carecen de las de fuego salvo cañones, que en su precipitación de la fuga no pudieron llevar. Mordieron el polvo centenares de salvajes, pero el número pudo más que el valor... Los indios pasaron a cuchillo, al alba, a cuantos españoles quedaban en pie, y remataron con saña feroz a los heridos. Sólo dejaron con vida al valiente que los capitaneaba, pero fué para entregarlo a la particular venganza del rey, quien, antes de matarlo, le hizo sufrir toda clase de torturas.

La forzada retirada de las tropas del capitán general don Manuel de Amat en los campos del río Bueno es, señor, universalmente conocida. No así la batalla que siguió, librada por los indios a los españoles Césares. De ésta poco o nada se sabe, en general, salvo entre los que, como yo, tienen amigos que los informen bajo la fe del secreto. Y no se sabe, porque los combatientes de un lado desaparecieron hasta el último y porque los caciques del otro obedeciendo a las órdenes del rey, intimaron a sus gandules el más profundo silencio, so pena de muerte...

XIII

QUE EXPLICA POR QUE VINO A BUENOS
AIRES EL CAPITAN PINUER Y QUE POR
NO SER HARTO LARGO RESULTARA MUY
CORTO

DESCRIPTA por lo menudo la Ciudad de los Césares y contada la parte más interesante y principal de su historia, tócame ahora, señor, explicar por qué y a qué he venido a esta noble e invicta ciudad de la Santísima Trinidad, y Puerto de Santa María de Buenos Ayres.

Aunque casi no habría para qué explicarlo, cuando tan sabido es que los malos y codiciosos gobernantes ponen a los buenos españoles en el duro trance de apelar a voluntario destierro, cuando

no se atreven derechamente a desterrarlos, ahorrarlos o quitarles la vida.

Dicho se está qué clase de hombre era el inicuo gobernador de Valdivia don Juan Gartán, y qué enemiga debía de tener contra mí desde el ridículo fracaso de su intentado latrocinio. Así se comprende que, so capa, me persiguiese de todas maneras, hasta tratar de privarme, ocultamente y con los mayores enredos, hasta de los recursos imprescindibles para el sostenimiento de la vida. Por sus calumnias, que me ponían negro como el tizne, los altos gobernantes no quisieron escucharme ni oír hablar de mí, de modo que debí renunciar a todo auxilio y ayuda de mis superiores, no sólo para realizar la gran conquista de la Ciudad de los Césares, sino también, y esto es más lastimoso, para comer y vestirme. Basta decir, señor, que sin que se me destituyese, sin anunciármelo siquiera, se dejó de pronto de pagarme mis soldadas de capitán graduado, lengua general de la plaza y ciudad de Valdivia y comisario de Naciones!...

Muchos amigos, debo proclamarlo con profunda gratitud, me tendieron generosamente la mano en mi infortunio, y me ofrecieron secundar mis proyectos con hombres y caudales. Pero nada quise aceptar por no comprometerles, temeroso de la venganza que Gartán no dejaría de ejercer sobre ellos. Sin embargo no rehusé su participación, tanto en los riesgos cuanto en los beneficios, para el

caso, que creo seguro y próximo, de organizar una gran expedición en Buenos Aires, con toda la gente y todos los elementos que tamaña empresa exige.

Con esta esperanza, señor, con esta seguridad, mejor dicho, emprendí viaje. No contaré mis padecimientos, mis desgracias, mis peligros, desde que comencé la travesía de la Cordillera, a pie y casi sin provisiones, hasta que llegué a esta tierra de paz y de abundancia y a esta noble Ciudad.

Básteme decir que partí mozo de Valdivia y que hoy peino canas, que salí robusto y ahora estoy poco menos que en los huesos; pero, en cambio, al marcharme era un hombre casi desesperado y hoy siento que renacen en mí el entusiasmo y el vigor de los veinte años, sin duda porque Dios Nuestro Señor me ha reservado para el cumplimiento de portentosos designios.

Y de que Dios me ayuda, y de que me guarda ese bien, es prueba palpable lo que voy a decir antes de cerrar esta verídica relación.

XIV

DONDE EL GOBERNADOR GARTAN EN- VIA OTRA EXPEDICION A LA CIUDAD DE LOS CESARES

EN efecto, señor, por papeles que acabo de recibir de Chile, he sabido que don Juan Gartán, ese indigno gobernador de Valdivia, que con tanto desenfado significó de patrañas las noticias sobre la Ciudad de los Césares, forzándome con ello a venir a Buenos Aires en procura de lo que él me negaba, ha intentado la segunda vez robarme lo mío, organizando por su propia cuenta una nueva expedición de descubrimiento.

¡Pero ya he dicho, señor, que la Divina Provi-

dencia me protege, y que ha de frustrar los malos planes de mis enemigos!

Según esos papeles, fidedignos por las firmas que los abonan, de hombres respetables y bien quistos en Valdivia y allende, a mediados del mes de septiembre de 1777, salieron del fuerte situado a orillas del río Bueno, por orden del gobernador Gartán, los cadetes don Miguel de la Guardia y don Joaquín Cosío, el sargento Francisco Agurto, de quien antes he hablado, el condestable Pedro Alvarez y los soldados Feliciano Flores, Baltasar Ramírez, Miguel Espino, Tomás Encinas, Andrés Olguín, Domingo Montealegre, y otros, a casi todos los cuales conozco de vista y trato, y que en diversas ocasiones me han oído hablar de la Ciudad de los Césares y dar circunstanciada noticia de ello. Sólo del sargento Agurto me extraña la acción, que no de los otros, pues éste se decía mi amigo, pronto a secundarme. Pero la ingratitud es condición humana...

Con este grupo de españoles más o menos agueridos y que daba solidez a la tropa, iban algunos caciques y gran copia de indios amigos. En son de conquista encamináronse hacia el naciente, y a cosa de treinta y cuatro leguas encontraron la laguna de Puyechué, que he visitado en mis excursiones y que conozco muy bien. Tiene más de cuatro leguas de ancho y unas veinticinco de largo, y nueve islas

o mejor dicho islotes completamente desiertos. Pero los de la expedición imaginaron otra cosa.

Acamparon a orillas de la laguna para hacer una canoa con que explorar las islas, perdiendo muchas semanas en su construcción y luego en la inútil visita y registro de los islotes. Nada hallaron, pues, como era natural, porque si la Ciudad de los Césares estuviese tan próxima y fuese de acceso tan hacedero, yo no hubiera necesitado de la ayuda de nadie para entrar en ella. Cuanto a conquistarla ¡ya es otra cosa! y ni Diego García de Paredes ni el mismo Cid lo hubieran realizado por sí solos.

Desengañados dejaron allí la canoa que tanto afán les había costado, y torciendo rumbo se dirigieron al Sur.

A las seis leguas toparon con otra laguna llamada Llanquehue, y determinando de explorarla también, en vez de ir en busca de la canoa, que era ligera y fácil de transportar, con poco entendimiento se pusieron a hacer otra, lo bastante grande para que se embarcaran siete hombres en ella.

Estos, mandados por el cadete don Joaquín Cosío, reconocieron la laguna por la banda del Este, y llegaron hasta su término que es precisamente al pie de la Cordillera, descubriendo al Este nordeste un volcán, cuyo nombre ignoraban y nunca han sabido decir, porque tampoco supieron nunca informarse y tomar lenguas.

Llegados allí los siete intentaron seguir a pie un

reconocimiento, pero tropezaron con tantas y tantas dificultades, entre riscos asperísimos y montañas inaccesibles, que se vieron necesitados de renunciar y volverse en busca del campamento de Llanquehue.

Hallaron el campo, pero no a sus compañeros, que se habían marchado sin dejar señal de su derrotero. Pero para los exploradores era seguro que habían seguido adelante, y hubieran corrido a incorporarse a ellos sin la maldita falta de vituallas que les amenazaba con el hambre.

En tales circunstancias parecióles —y era lo mejor,— volver a la laguna Pulechué, en cuyos alrededores podían procurarse algunas municiones de boca.

¡Cuál no fué, en llegando, su sorpresa, al ver que los del cadete don Miguel de la Guardia estaban muy tranquilos cabe la laguna! ¡Más de una semana hacía que habían vuelto a tenderse a la bartola y dormir a pierna suelta, alimentándose como regalados señores de la caza, la pesca y los frutos que los indios auxiliares les procuraban!

Y lo más gracioso, señor, es que de todo me acusaban a mí, al capitán Ignacio Pinuer, diciendo que yo era un solemne embustero, que mis informes no pasaban de invenciones majaderas, y que la Ciudad de los Césares no había existido nunca sino en mi magín de desalmado embaucador. ¡Las pro-

pías difamaciones del amo, aprendidas por los lacayos!

Pero bien sabían que me calumniaban, porque mientras tal decían de mí, tratando de mancillar mi honor y desacreditar mi palabra, instaban a los caciques para que los guiasen a la Ciudad. ¡Conciértame estas medidas! . . .

Los caciques, entretanto, estaban muy quejosos de su indecisión y de tantas idas y venidas fatigosas e inútiles, —como plan de campaña del soldado bisoño metido de repente a capitán— así es que se hicieron de rogar largos días y no accedieron por último sino bajo expresa condición de que habían de aguardar tres días más, para estar seguros de que no sobrevendría algún nuevo cambio de parecer.

Vencido el plazo y persistiendo los españoles, los indios aconsejaron que se dividiesen en dos grupos, pues así sería más fácil pasar sin ser advertidos por los aliados de los Césares.

Dicho y hecho. El cadete don Miguel de la Guardia, el sargento Francisco Agurto y siete soldados se dirigieron otra vez a la laguna Llanquehue, donde hallaron la canoa, y al otro día pasaron a una punta de allende, desde la que, al día siguiente navegaron obra de dos leguas, llegando a un arenal por el que siguieron a pie.

XV

QUE ES CONTINUACION DEL ANTERIOR Y PRINCIPIO DEL FIN DE ESTE DOCUMENTO

LA otra partida, bajo el mando del cadete don Joaquín Cosío, y en la que iba el condestable Pedro Alvarez, marchó entre las montañas, guiada por los indios y con un rumbo tan semejante al de la primera, que no tardaron en toparse ambas.

Pese al descontento y las súplicas de los expertos caciques, resolvieron entonces seguir unidas, desafiando así torpemente los más terribles peligros, entre otros el de ser sorprendidas y pasadas a cuchillo.

Pero un furioso temporal que sobrevino y que

amenazaba desplomar sobre ellos las ingentes montañas de la Cordillera les obligó a hacer alto y permanecer tres días y cuatro noches bajo un diluvio, metidos hasta más de la cintura entre torrentes que arrastraban árboles y piedras, envueltos en ráfagas huracanadas y en helados torbellinos, sin poder hacer fuego, ni calentarse, ni comer, ni mantenerse en pie, ni echarse en la arrolladora catarata que era su condenado refugio.

Los indios, aterrados, se decían unos a otros que su terrible dios Huecuvo —¡abrenuncio Satana!— estaba enfurecido contra ellos porque acompañaban y guiaban a los españoles a los Césares, y se manifestaron decididos a marcharse a sus toldos en cuanto amainase la tempestad.

En fin, después de la cuarta noche de espanto y agonía, amaneció claro y hermoso y el viento calló casi completamente. A los primeros rayos del cielo, los españoles pudieron ver que estaban al pie de un cerro no muy alto, y algunos lo escalaban para servirse de él como de una atalaya. Y en bajando dijeron que desde arriba se veía el extremo de una laguna inmensa, y dilatadísimos campos bajos que se perdían en el horizonte.

—¡Debe de ser la laguna de los Césares! —gritó Agurto, entusiasmado.

—¿Y este cerro? —preguntó el cadete Cosío.

—Será, a no dudarlo, el de los Cochinos, de que

tanto me hablaba el capitán Pinuer, —contestó Agurto.

—¿Cómo podríamos saberlo?

—Subamos, y si encontramos las señales de guerra que suelen poner en la cumbre los Césares descontentos, ya no cabrá la menor duda.

Subió Agurto, y halló, en efecto, un palo de lanza sujeto con grandes piedras en lo alto del cerro: era una respuesta de los indios a los españoles.

—Estamos frente a la Ciudad de los Césares! —exclamó el sargento.— Y si no vemos todavía la isla ni la ciudad, es por los vapores que brotan de la tierra inundada y las envuelven en una nube.

Los cadetes dieron orden de alistarse al punto para la marcha...

Los indios, al oír esto, se echaron al suelo, revolcándose y gritando que no darían un paso más así les hicieran pedazos, y ni ruegos, ni promesas, ni dádivas, ni amenazas fueron parte a dominar su terror.

Los jefes deliberaron, concluyendo que, sin guía baqueano, sería inútil acometer la marcha para llegar a la laguna, por un terreno tan quebrado y abrupto que era al propio tiempo laberinto y rompecabezas...

Varios soldados que habían trepado a la cumbre del cerro después de Agurto, los cadetes y el condestable, bajaron diciendo que hacia el medio

de la laguna se veía una isla, pero no ciudad ni muros y fortificaciones.

Uno de los indios, vuelto de su espanto desde que sus compañeros juraron no seguir adelante, explicó entonces:

—Es que esa no es la de los Césares, sino la laguna Puraya. La isla se llama Jolten. Viven indios. Españoles no.

—¿Por qué no nos conducís, entonces, tú y los tuyos? —le preguntó el cadete de la Guardia.— Si no son los Césares, nada tenéis que temer.

El indio se encogió todo, sin contestar palabra.

Y mientras los jefes españoles discutían de nuevo la situación, arbitrando lo que se debía hacer, los caciques y sus gandules, dispuestos a la desobediencia, corrieron a perderse entre los riscos.

Y ya no se los volvió a ver.

Sólo quedaban con los nuestros dos o tres indios fieles a sus amos, y que no estaban juramentados con los Césares, aunque hubieran vivido en aquellos parajes.

Los emisarios del famoso gobernador Gartán quedaron muy perplejos con esta repentina fuga y total desaparición, que parecía cosa de magia, y sus más vivos deseos eran los de emprender cuanto antes la retirada, dando por finida la expedición. Pero más que el temor pudo la negra honrilla, y no se movieron por el momento de donde estaban.

Ninguno se atrevió a proponer en sus delibera-

ciones, aunque todos la consideraran so capa como lo mejor, esa prudente y cuerda retirada; sino que, tratando cada cual de mostrarse más valiente que los otros, vinieron en hacer la tentativa, ayudados y guiados por los dos o tres indios fieles que ya he dicho.

Pero, tras de las grandes fatigas sufridas por todos, especialmente bajo la terrible tempestad, decidieron, también, tomarse algunos días de reposo, para estar frescos en el momento de la acción.

Acamparon al pie del cerro que creyeron ser el de los Cochinos, y la abundante caza les permitió reponer en poco tiempo sus fuerzas.

XVI

QUE ACABA CON LA RELACION Y QUIERA EL CIELO QUE NO CON LA PACIENCIA DE LOS LECTORES

DESCANSABAN des-
hacía dos o tres días apenas, cuando por la mayor de las casualidades (según dijo él, que yo para mí tengo que no había tal casualidad sino más bien hábil estratagema de guerra), llegó al campamento español un indio intrigante llamado Turin.

Este vagabundo, o emisario, o espía —sépalos Dios— logró ganarse las voluntades de Cosío, de la Guardia, Agurto y Alvarez, inspirándoles confianza con su humildad y con los informes que les daba, pero principalmente por la oferta que de ser-

virles de guía les hizo con la vaguedad y los rodeos que los indios saben usar con tanta destreza.

No les dijo, naturalmente, más de lo que todos sabemos, o sea lo del pedregal y el riachuelo o foso inundado que deben salvarse antes de llegar al paso que conduce a la Ciudad.

Esto coincidía, y no podía ser de otro modo, con mis informes, —única verdadera guía que hasta allí sirviera a la expedición, pues ya se ha visto la inutilidad de los indios,— y apoyado en esta razón, el sargento Agurto se empeñó con los cadetes para que escucharan a Turin y lo tomaran como indicador y conductor. Así lo hicieron por negros de sus pecados.

Varios días después, bien descansados y repuestos, emprendieron la marcha que creían decisiva.

Pero Turin los condujo, a poco de andar a un arenal, de que he hablado varias veces, donde se hundían hasta más arriba del tobillo sin avanzar sino merced a sobrehumanos esfuerzos.

Cinco españoles, y los dos o tres indios fieles que los jefes habían convertido de gandules o guerreros en simples indios de carga, tuvieron que quedarse atrás, rendidos de fatiga.

Los demás siguieron adelante, sin avanzar gran cosa, a causa de la maldita arena, y a causa también de que les agüijaba el hambre sin que se les presentaran perspectivas de probar bocado.

Turín los animaba, diciendo que pronto iban a salir del arenal, y así los entretuvo hasta anocheecer.

Mientras caía la noche aumentaban el hambre, las zozobras y las penurias de los españoles, pues la arena, de seca, se había vuelto pantanosa, y los infelices se enterraban en ella más profundamente a cada paso.

Considerándose perdidos quisieron, por lo menos, castigar como se lo merecía al que tenían por traidor. Pero cuando lo buscaron Turín había desaparecido sin que se pudiera adivinar cómo, cuándo y por dónde. Para mí que, valido de la creciente obscuridad, al pasar junto a alguna mata de calafate o de otra hierba de las que crecen en tierra estéril y salitrosa, tendióse en el suelo, bien aplastado contra él, como acostumbran hacerlo los indios para disimularse y espiar o escapar, y apenas el último español le dió las espaldas siguiendo su camino, él se enderezó de un salto y, en dirección opuesta puso pies en polvorosa.

Con hambre y sed durmieron o no durmieron los españoles sobre la arena húmeda, y muy de madrugada reanudaron la marcha, con las ansias de escapar. Y extraño caso, tuvieron la fortuna, para mí inexplicable, de llegar al pedregal, y por éste al riachuelo que se halla en las inmediaciones de los Césares. El terreno era llano, — como que debía de tratarse de la Pampa — pero en medio de él se alzaba un volcán, montaña que parecía

según los expedicionarios un montón de piedras menudas y quemadas, que se dirían escorias. Por las señas y para mí era el volcán que los indios llaman Puraranque.

Subieron hasta la mitad de su altura, donde empieza la nieve que cubre eternamente la cima de la montaña y, como caía la tarde, rendidos de fatiga se detuvieron para pernoctar al abrigo de unos peñascos salientes de los que la nieve endurecida pendía como colgaduras, quebrando el viento helado. No habían comido desde la víspera por la mañana, y trataban de engañar el hambre durmiendo, cuando al alba los despertó de repente, sobrecogidos, el tronar del cañón. . .

Eran, sin duda, los Césares que ahuyentaban a cañonazos a alguna tribu enemiga, o que se ejercitaban en el tiro, o que, más sencillamente aun, hacían salvas con motivo de alguna festividad o de algún fausto acontecimiento. . . quizás el peligroso extravío y pérdida casi segura de los españoles. . .

Estos trataron de ver lo que pasaba, pero durante largo tiempo les fué imposible atravesar con la vista la densa bruma que como un mar lechoso se extendía al pie de la montaña, es decir, a sus propios pies.

Cuando los vapores comenzaron a desvanecerse, intentaron nuevamente el reconocimiento, y orientándose por el estampido de los cañonazos

—que habían cesado ya— faldearon el cerro por la izquierda y desde allí descubrieron la pampa grande con el riachuelo, y la laguna orlada de peñascos y costas a pico.

Montones de niebla se aglomeraban en medio de las aguas tranquilas, presentando el aspecto que suele ofrecer la tierra al viajero que la vislumbra desde el mar en los días muy brumosos.

Allí estaba la maravillosa Ciudad de los Césares...

Pero sus presuntos conquistadores no eran ya más que un puñado de hombres sin fuerzas y sin ánimo, que se morían de hambre, y que, como Moisés, aunque con mayor justicia, tendrían que contentarse con haber visto de lejos la tierra de promisión.

Los mismos jefes no se atrevieron a lanzar el grito de los héroes, el alentador "¡adelante!" quizá temiendo que ardiera de nuevo en sus compañeros la vieja sangre española y que, pese a la desnudez y la necesidad, les respondiesen: "¡adelante!".

Así se malogró la expedición organizada por el depravado gobernador de Valdivia, don Juan Gartán.

Pero, señor, nadie que haya leído cuanto en estos papeles llevo expuesto, pondrá un momento en duda, que, con esas fuerzas y esos recursos, el capitán Ignacio Pinuer y sus amigos serían hoy due-

ños y señores de la Ciudad de los Césares, y Su Majestad el rey de España y de las Indias tendría una nueva y riquísima joya que añadir a su ya deslumbrante corona, así como nuestra madre la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana gozaría de la inefable satisfacción de haber recogido nuevamente en su regazo a las ovejuelas descarriadas, a los desgraciados españoles de la isla, que si no cayeron ya en él, están a punto de caer en el paganismo.

Así, pues, señor, ya me parece verme —y será, Dios mediante— salir de esta ciudad de Buenos Aires al frente de tropas escogidas y provisto de cuanto es menester para la feliz realización de la magna empresa, una de las mayores y más provechosas que las Indias han ofrecido a los pechos denodados y a las almas generosas.

XVII

EL MAS CORTO DE TODOS, PERO QUE ES CLAVE Y EPILOGO AL PROPIO TIEM- PO DE ESTA PROLIJA RELACION

EN el ancho margen de la última hoja de este curioso documento y con la misma letra gorda y desgarbada que se ve en el texto, figura esta nota, evidentemente posterior al relato:

"Diz que los españoles de Buenos Aires son muy largos; largos de entendimiento puede ser, de alcance quizá, de lengua, sin duda; de lo demás nequáquam. Comida, bebida y de qué vestir no han faltado a Dios gracias, y aun algunos maravéis para el bolsillo. Pero... no quieren expediciones. ¡Con su pan se lo coman!

Este libro terminose de imprimir
el 30 de Abril del año de 1935
para la "Sociedad Amigos del
Libro Rioplatense" en los Talleres
Gráficos de Porter Hermanos.
Estados Unidos 1864 - 66
Buenos Aires.